

PARA TÍTULOS PROFESIONALES DE LICENCIATURA (TERCER NIVEL)

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo, **MIGUEL ÁNGEL TANDALLA TAIPE** con Cédula de Identidad No. **172355137-8**, autor del trabajo de graduación intitulado: "**EL SENTIDO SALVÍFICO DEL SUFRIMIENTO**", previa a la obtención del título profesional de **LICENCIADO EN TEOLOGÍA** en la Facultad Eclesiástica de **Ciencias Filosófico-Teológicas**:

- 1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.
- 2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, 21 de junio de 2016



Miguel Ángel Tadalla Taipe
C.I. 172355137-8

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

**FACULTAD ECLESIAÍSTICA DE CIENCIAS
FILOSÓFICO-TEOLÓGICAS**

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO
DE
LICENCIADO EN TEOLOGÍA**

**TÍTULO DE LA DISERTACIÓN
EL SENTIDO SALVÍFICO DEL SUFRIMIENTO**

Por

MIGUEL ANGEL TANDALLA TAIPE

DIRECTOR: Mgt. David De La Torre

Quito, 2016

CONTENIDO

CONTENIDO.....	iii
INTRODUCCIÓN.....	1
CAPÍTULO I.....	5
1.1. La condición sufriente del ser humano.....	5
1.1.1. <i>El ámbito antropológico del sufrimiento: la existencia.</i>	5
1.1.2. <i>¿Para qué sufrir? El sentido de la vida.</i>	7
1.2. El concepto de sufrimiento.....	11
1.2.1. <i>El sufrimiento y sus arquetipos</i>	11
1.2.2. <i>El sentido dialogal del sufrimiento.</i>	15
1.3. La respuesta del hombre	18
1.3.1. <i>Actitudes ante el sufrimiento.</i>	18
1.3.2. <i>Eudaimonia: hacia un entendimiento del sufrimiento.</i>	24
CAPÍTULO II.....	26
2.1. Mediación salvífica de Jesucristo: la Encarnación.....	26
2.1.1. <i>La humanidad de Cristo y la auto-comunicación de Dios.</i>	26
2.1.2. <i>El mal y el sufrimiento.</i>	32
2.2. El sufrimiento a la luz del Evangelio.....	35
2.2.1. <i>El libro de Job: ¿Por qué sufren las buenas personas?</i>	35
2.2.2. <i>La experiencia del sufrimiento del Hijo de Dios.</i>	37
2.3. El verdadero sentido del sufrimiento: el Amor.....	40
2.3.1. <i>Redescubriendo el sufrimiento en la sabiduría de la Cruz.</i>	40
2.3.2. <i>El signo radical del Amor cimentado en las Bienaventuranzas</i>	44
CAPÍTULO III.....	47
3.1. La fe vivida desde Amor, transfigura el sufrimiento.....	47
3.1.1. <i>Las Virtudes teologales como paliativos del sufrimiento.</i>	47
3.1.2. <i>El sentido de la antropología cristiana: la civilización del Amor</i>	50
3.2. El misterio del sufrimiento en los santos: auténticos testigos de la fe.....	53

3.2.1. <i>La perspectiva del sufrimiento de los mártires de ayer y de hoy.</i>	53
3.2.2. <i>El Dios que sufre con su pueblo.</i>	59
3.3. La acción de la Iglesia frente al sufrimiento	62
3.3.1. <i>Acompañar a los que sufren.</i>	62
3.3.2. El anuncio de la Esperanza escatológica	65
CONCLUSIONES	71
BIBLIOGRAFÍA	74

INTRODUCCIÓN

Lejos de aquella idea de R. Descartes del «*cogito ergo sum*», en su famoso Discurso del método (1637), la cual manifiesta que la razón prima en el mundo, es el sufrimiento, el que está repartido de la mejor manera en la creación. Y lo expresamos así, ya que el sufrimiento trasciende y relaciona todo tiempo y espacio, toda tradición, historia y cultura. “*Todo el mundo sufre, ha sufrido y sufrirá. Indudablemente.*” (Mèlich, 2010, pág. 194). Explotación, hambre, injusticia, guerras, enfermedades, muerte, violencia sin fin, destrucción del medio ambiente, entre otros, son elementos a través de los cuales podemos percibir la globalidad del sufrimiento. Ahora bien, se debe reconocer que existen distintos modos de sufrir y por tanto, diversos factores que ocasionan sufrimiento. Por ello, iniciaremos esta disertación a partir del sufrimiento en general, para después tratarlo en sus dimensiones más específicas.

Es también –y sobre todo– en el camino de la fe, donde muchas veces somos testigos del sufrimiento de tanta gente. Personas buenas que vive haciendo el bien, que practican la justicia y la misericordia, gente que día a día se esfuerza por hacer lo correcto y que merece lo mejor. Sin embargo, viven otra realidad, soportan momentos difíciles e incomprensibles y terminan siendo personas que sufren. Es esta realidad tan actual y tan encarnada en el mundo, que despierta en nosotros una profunda y dolorosa sensación de impotencia e indignación. Sensación que se convierte en fuente de inquietudes y raciocinios, como por ejemplo sobre la existencia de Dios, sobre su omnipotencia y, más aún, sobre su misericordia, ¿cómo es posible que suceda esto?

Así, hablar sobre el sufrimiento y el dolor ha sido y será un tema conflictivo que preocupa y cuestiona a todo ser humano. Y es que no solo se habla del sufrimiento sino que se lo vive en la cotidianidad de un mundo, cada vez más enajenado por su propio egocentrismo y del cual, surge una ligera y superficial concepción sobre el sufrimiento, llegándolo a identificar como una tragedia que a veces tiene su origen en Dios, en la naturaleza o en el mismo ser humano. Sea cual sea su origen, se convierte en un suceso lamentable que es inherente a la vida del hombre, que no tiene explicación y mucho menos sentido. Entonces, en este contexto, si la experiencia común nos dice que el

sufrimiento es una tragedia y más aún, carente de valor, *¿puede tener un sentido salvífico el sufrimiento?*

Quien quiera acercarse a un conocimiento completo del hombre, no puede dejar de lado este tema, ya que es algo esencial que pertenece a la experiencia humana fundamental. San Juan Pablo II, al hablar del sufrimiento manifiesta que es “*un tema universal que acompaña al hombre a lo largo y ancho de la geografía. En cierto sentido coexiste con él en el mundo y por ello hay que volver sobre él constantemente*” (SD 2)¹.

Pues bien, más que buscar una respuesta que solucione el problema del sufrir, aquí se tratará de descubrir o mejor dicho, redescubrir el sentido del sufrimiento humano. Lejos de verlo como un bien, se trata de evitar ignorar algo que no es ajeno a nuestra vida, y mucho menos relegarlo a algo que solo está allí, y que carece de sentido. Por el contrario, darle un sentido y un propósito: que el sufrimiento, a pesar de ser un aspecto negativo de la vida, se lo puede asumir como una oportunidad de trascender y alcanzar un verdadero y pleno sentido existencial.

Es así que, la búsqueda de un sentido al sufrimiento humano es oportuna y necesaria en la actualidad, el ser humano no puede dejar de cuestionarse sobre este tema y mucho menos olvidarlo y verlo como algo simplemente natural. Se debe redescubrir en toda su plenitud y sin ningún tipo de restricción el valor y el sentido que el sufrimiento tiene, y, más que percibirlo como una mera tragedia, rescatar su valor objetivo y salvífico. Solo así podremos redescubrirnos a nosotros mismos como hombres que viven con sentido y con propósito, como hombres salvados que viven en medio de la temporalidad de este mundo.

Para ello, en el primer capítulo presentaremos el **sentido existencial del sufrimiento** a partir de la filosofía clásica y de la ciencia moderna. Las cuales establecen que conocer las cosas es conocer su causa. Es por eso que el hombre, desde siempre, ha tratado de conocer y dar respuesta a todo, incluso al sufrimiento, el cual se ha presentado como un elemento ineludible del destino humano, un fenómeno vital, inmediato y primario que no conoce límites.

¹ Carta apostólica *Salvifici Doloris* del sumo pontífice Juan Pablo II sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano.

Trataremos el tema del sufrimiento en toda su dimensión: concepto, arquetipos, y relación. Y los distintos intentos de explicación que han desencadenado respuestas frente a la divinidad, al pesimismo o a la búsqueda del superhombre, siendo esto todavía, una práctica muy actual, en la cual, el hombre para reafirmarse, conocerse y alcanzar su verdadero destino tiene que encontrarse a sí mismo. A partir de la libertad que se le ha concedido desde el inicio de su creación, y con plena conciencia de ser responsable de sus actos, debe descubrir su «verdadera esencia». Solo entonces descubrirá el sentido del sufrimiento, propio de su existencia.

En el segundo capítulo, veremos cómo a partir de la mediación salvífica de **Jesucristo: Siervo sufriente por amor**, se puede encontrar el camino y el sentido esencial del sufrimiento en la vida del ser humano. Søren Kierkegaard, filósofo y teólogo del siglo XIX, manifiesta su plena convicción de que la vida es contradicción y que ello conlleva sufrimiento. Por ello, el sufrir se torna en señal característica de la felicidad venidera (R. Larraneta, 1995, p. 68). Dándonos así, una perspectiva diferente que vence al sin sentido del sufrimiento y su relación con el mal.

Por su parte y de una manera más determinante, la fe cristiana manifiesta que el sufrimiento tiene un sentido salvífico, si partimos del hecho de que Dios nos ha creado para él por amor. El destino del hombre es estar en la presencia de Dios, pero para esto, necesita la mediación de Jesucristo (Encarnación), ya que su humanidad es esencial para nuestra salvación porque en él, en su vida, pasión, muerte y resurrección se nos revela el auténtico rostro de Dios.

Así, el valor salvífico del sufrimiento se nos revela en los Evangelios los cuales muestran que toda la vida de Jesús, desde su Encarnación, ha sido un combate contra las fuerzas del mal, el cual termina en la victoria paradójica de su cruz (Jn 16, 33), signo radical del Amor. Por tanto, en Cristo todo hombre es vencedor, del mal, de la muerte y del sufrimiento. El sentido y la verdadera esencia de la vida tienen su culmen en el encuentro con Jesucristo muerto y resucitado.

La humanidad de Cristo es esencial pues su humanidad es precursora de nuestra humanidad. En la cual el sufrimiento ya no tiene la última palabra porque Cristo lo ha vencido. Cabe señalar que no se trata de buscar voluntariamente el sufrimiento, sino de aprender a aceptar con valor el que se presenta como parte de nuestra vida.

Finalmente, en el último capítulo, presentaremos el camino del sufrimiento en **la Iglesia y en el seguimiento de Cristo**. A partir de las Sagradas Escrituras y del Magisterio, sabemos que el hombre fue hecho para el bien y la felicidad pero hace la experiencia de un mal que le sobrepasa (Rom 7, 5) un mal del que no puede liberarse. Frente a esta situación, el cristianismo presenta una esperanza, basada en la fe y la misericordia que transfiguran el sufrimiento.

La esperanza de evitar la concepción del sufrimiento como tragedia y verlo como un camino de salvación. Camino también, entendido como un proceso doloroso ya que el hombre debe salir de sí mismo para madurar y llegar a la verdadera felicidad. Y garante de esta esperanza es la Iglesia, que guía la búsqueda razonable de la felicidad por medio de la fe.

Esa esperanza arraigada en el corazón del hombre es un fenómeno vivencial, es un proyecto que tiene como guía de realización el todavía-no de la vida humana, la espera de algo que supone el encuentro de la plenitud, hablaremos así, del horizonte escatológico y del hecho que para conquistar esta realidad el Hombre espera alcanzar, la Iglesia acompaña y anima su realización en base al plan de salvación.

La Iglesia, alimenta y anima la fe del creyente para que a pesar de las situaciones de contrariedad que se presentan en este mundo vivan a la espera de una perfecta felicidad y caminen en la cotidianeidad de la vida sobrellevando el sufrimiento en compañía de Dios.

Así, al mirar en conjunto los tres capítulos de esta disertación y más que cualquier intento por dar una respuesta definitiva al sufrimiento del mundo, es una reflexión que nace de la propia necesidad de conocer de manera particular, algo tan esencial a la naturaleza del hombre. Conocer cómo y por qué el sufrimiento pertenece a la trascendencia del hombre.

CAPÍTULO I

EL SENTIDO EXISTENCIAL DEL SUFRIMIENTO

1.1. La condición sufriente del ser humano

1.1.1. *El ámbito antropológico del sufrimiento: la existencia.*

El hombre es una realidad que se caracteriza por su extrema complejidad, un ser viviente determinado por su voluntad, libertad y racionalidad, que posee un espacio y un tiempo en el cual construye su vida. Y es, precisamente, a partir de éste construir, que el hombre siempre trata de comprender y conocer porqué ocurren los sucesos o fenómenos del mundo que le rodea. Pero la pregunta fundamental, a lo largo de la historia, nace siempre a partir de su existencia.

Evidencia de ello encontramos en la filosofía clásica, la cual, propone una máxima que marcará fuertemente, la filosofía occidental, al establecer el "*conócete a ti mismo*"² (γνῶθι σαυτόν), no solo como principio y fundamento del pensar sino como un rasgo óntico-ontológico de la existencia humana. De tal modo que, existir significa preguntar, indagar, buscarse el hombre a sí mismo.

Por otro lado, esta máxima se refiere al ideal perpetuo de comprender la conducta y el pensamiento humano, ya que conocerse uno mismo (según la filosofía tradicional) es comprender lo que nos rodea y comprender a los demás, sabiendo que todos somos parte de una misma naturaleza. El hombre es el único, entre otros seres, que se cuestiona sobre su propio ser con el afán de develar el misterio de su existencia. Pero este intento de "*conocerse a sí mismo*", se convierte en una batalla interna del hombre, batalla que sumada a su finitud hace que surja en él una angustia existencial, un temor a lo desconocido que desemboca finalmente en un sufrimiento.

El hecho de saber que sus interrogantes pueden quedar sin ser resueltas, origina en el hombre, a la vez, un sufrimiento y un deseo de aquello de lo que tiene miedo. Se siente amenazado e impotente ante el hecho de tener que realizar su vida sin un fundamento sólido que lo respalde. Aun así, mientras exista, una y otra vez surgirá en él, la pregunta por sí mismo como testimonio de su asumida y creadora finitud.

² En el pórtico del templo de Delfos, dedicado al dios Apolo, se hallaba la inscripción "conócete a ti mismo". Como advertencia para incitar al hombre a reconocer los límites de su propia naturaleza y a no aspirar a lo que es propio de los dioses.

El filósofo y antropólogo latinoamericano J. Vélez (1995), manifiesta que: entender el verdadero significado del “*conócete a ti mismo*” conlleva una seria confrontación del ser humano ante la verdad, que le hace ser lo que es, y por lo tanto descubrirse a sí mismo, sus virtudes y miserias, sus capacidades y potencias, un proyecto a futuro que tendrá como compañero de camino al sufrimiento (p. 17).

Por otro lado, el hombre es un ser histórico, porque “*es el único capaz de dominar sus actos y posee una voluntad para decidir, eso le permite ir articulando sus opciones libres a través del tiempo. Por eso tiene una historia propia, sea esta personal o comunitaria*” (Gastaldi, 1994, pág. 166). Dicho, de otro modo, sólo el hombre es un ser histórico porque puede modificar su vida corpórea y espiritual para construir así, su propia existencia.

Como ser histórico, el hombre es también un ser en el tiempo, en el presente, un “*ser-en-el-mundo*” (Heidegger, 2003, pág. 62) ya que se reconoce como existente real, como un *ser ahí*: “*Dasein*”³. Es *ser ahí* ya que experimenta, como una de sus necesidades más básicas, la búsqueda de un sentido a su propia vida, su ser no concibe una existencia en soledad o aislada en el mundo, sino que encuentra su razón de ser junto-con-otros, es precisamente ser-con, un ser que a cada instante construye su humanidad junto a otros.

Ésta es la premisa que guía su destino y su realización, es la fuerza fundamental del hombre, que le permite conocerse, afirmarse y ser alguien en la sociedad o en el mundo que le rodea. Es el último y el criterio más importante del hombre, encontrar un sentido a su existencia, situarse en el mundo y saber si todo tiene un sentido o solo es una simple utopía.

Existen, además, otras razones inherentes a la pregunta por el sentido de la vida por las cuales el hombre se inquieta y sobre las cuales se construye o se arruina. Su natural necesidad por conocer todo tipo de saber y el asombro que causa sospechar la respuesta a diversas interrogantes, evoca un cierto tipo de inseguridad que impulsa al ser humano a saber quién es y por qué se da esa inquietud acerca de sí mismo; todo hombre serio y razonable se afana por preguntarse sobre su ser y su destino, la inquietud por saber el

³ *Dasein* es el término filosófico utilizado, por el existencialista M. Heidegger, que significa *estar ahí*. Para M. Heidegger el *Dasein* designa al ser humano, no como un animal racional, sino como ser hombre, se refiere al existir humanamente. Se diferencia del ser, ya que éste es un ser que ya está hecho, mientras que el *ser ahí*, es decir, el hombre tiene que ir realizando su ser en cada instante. Es el modo de ser humano.

desarrollo y el desenlace de su vida, es el enigma que estará presente en cada día de su existencia.

De ahí que el ser humano, en un proceso de auto-comprensión de sí mismo, experimenta la respuesta a su mismidad. Su existencia hace que tome conciencia de su ser-en-el-mundo, un ser situado en el mundo con la tarea de humanizar al mundo con su presencia activa. Y en ese sentido, la existencia implica conciencia y libertad. En palabras de K. Jaspers:

Existencia es lo que nunca es objeto; es el origen a partir del cual yo pienso y actúo, sobre el cual hablo en pensamientos que no son conocimiento de algo: 'existencia' es lo que se refiere y relaciona con sí mismo y, en ello, con su propia trascendencia (1958).

Así, el hombre, al conocerse a sí mismo, gracias a su conciencia y a su libertad, realiza un movimiento de trascendencia que le permite hacerse a sí mismo a través de sus elecciones, de ello depende su existencia. Él es su origen, su desarrollo y su meta, su vida sería inauténtica si no es libre y consiente de sus actos. Dichos actos, a la vez que confirman su existencia en el mundo, dan sentido a su vida. Su existir, se convierte en un hacerse a sí mismo, en un estar en el mundo y relacionarse con las cosas y otros seres existentes. Así, la existencia es una trascendencia.

1.1.2. ¿Para qué sufrir? El sentido de la vida.

La existencia del ser humano, suscita preguntas y cuestiones que muchas veces no tienen respuesta. Tanto los aciertos, como los fracasos de la vida personal y colectiva llevan a discutir si la vida tiene sentido o si hay motivo alguno para vivir; a lo cual se ha de añadir que, la ineludible realidad de la muerte lleva necesariamente a preguntarse por el significado último y definitivo de la existencia humana (Vélez, 1995).

Pues bien, haciendo eco al pensamiento existencialista del filósofo francés, Jean-Paul Sartre, sobre el hecho de que el ser humano no puede inventar el sentido de su vida. Entonces tenemos que el ser humano debe y puede descubrir el sentido de su propia existencia, pero no inventarla (1993, pág. 231). Es decir, los seres humanos son seres inacabados, existen como realidades que carecen de una condición predefinida, lo que sean dependerá exclusivamente de cómo redescubran su modo de existir, y en la medida

en que busquen su realización, su hacerse y su existir como seres humanos libres y contingentes. Dice también J-P. Sartre en “La Náusea” (2011):

...Existir es estar ahí, simplemente; los existentes aparecen, se dejan encontrar, pero jamás se les puede deducir. Ningún ser necesario puede explicar la existencia: la contingencia no es una máscara, una apariencia que se puede disipar; es lo absoluto y, en consecuencia, la perfecta gratuidad. Todo es gratuito, este jardín, esta ciudad y yo mismo (p. 111).

En base a esto, se puede decir que la vida del hombre no es un estado de total satisfacción, sino de resistencia y conflicto, el hecho de ser libres y contingentes hace que la vida se torne en una lucha para descubrir una solución al problema fundamental de la existencia misma. Lo cual desemboca en la experiencia de un vacío causado por la pérdida del sentido de la vida, llegando así a la angustia existencial del hombre. Angustia de la que el hombre muchas veces quiere escapar, y la mejor forma de alejarse de esa realidad es abriendo su vida a las propuestas que el mundo contemporáneo presenta como caminos de plenitud y felicidad, que dan sentido y horizonte a la vida.

Desde siempre, dichos caminos han encontrado su horizonte en la divinidad, la trascendencia y hasta en la noción absoluta del superhombre. Pero en cualquier camino en el que se trate de dar sentido a la existencia, quedará siempre la incertidumbre de saber si había algo más, ese anhelo de llenar por completo ese vacío que marca la vida entera del hombre. Vacío que solo se hace visible a través de su sufrimiento.

Y se habla de sufrimiento ya que surge la interrogante por cómo vivir y aceptar una vida digna a pesar de todo lo adverso e ininteligible que hay en ella, es lo que en otras palabras se podría definir como el drama del proyecto existencial. En su obra antropológica: “*El hombre doliente*” (1999), Víktor Frankl⁴ afirma que el “*vivir no es más que esa decisión libre de aceptar con dignidad el desafío que plantea la vida, con su carga de adversidad, y sobrevivir es hallar el sentido de ese sufrimiento*” (p. 124).

Entonces, sería oportuno volver al apartado inicial de esta reflexión, y considerar la concepción tradicional que se tiene sobre el ser humano y, a partir de la concepción existencialista, poder decir que el ser humano, más que un ente racional e histórico, es un alguien afectado por su entorno de manera inevitable, con la capacidad de decidir, de elegir y así, vivir su libertad e independencia. Incluso cuando se encuentre en

⁴ Neurólogo y psiquiatra austriaco, fundador de la logoterapia. Sobrevivió en varios campos de concentración nazis, incluidos Auschwitz y Dachau.

circunstancias desfavorables sean éstas psíquicas o físicas. El hombre elige frente a un amplio abanico de posibilidades para decidir su propio camino. Aun cuando parezca que las circunstancias son más fuertes, siempre hay oportunidades para elegir. Pero dicha posibilidad de elección produce cierta incertidumbre que abre camino a una realidad, hasta ahora, misteriosa para el ser humano, el sufrimiento.

Es por ello, que el vivir sería el modo en que el hombre acepta su destino y todo lo que éste conlleva, de manera especial, el sufrimiento. Solo así, el ser humano podrá dar a su vida un sentido más profundo, más humano, más auténtico. Un sentido que haga de la existencia del hombre algo que verdaderamente tenga un valor infinito, de tal modo que el sufrimiento se convierte en parte del camino para ello. Y es que las situaciones que se viven día a día constituyen una oportunidad y un desafío para convertir dichas experiencias en victorias.

Es decir, se vislumbran dos horizontes. Por una parte, está el hecho de ver la vida como un triunfo interno resultado de una lucha constante por construir la propia identidad. Por otro lado, sencillamente, el ser humano cae en un círculo vicioso, en el cual sólo se limita a vivir por vivir, sin asumir una auténtica responsabilidad por encontrar las respuestas a los problemas que se plantean en la vida diaria. Su vida básicamente consiste en cumplir las tareas que de manera continua se sitúan en su cotidianidad. De todos modos, cualquiera que sea el horizonte, siempre estará presente el sufrimiento. Haciendo de la vida, algo muy concreto y real pero distinto y único a la vez.

La búsqueda por parte del hombre, de su destino y del sentido de su vida, constituye una fuerza primaria y no una racionalización secundaria de sus instintos. Búsqueda que no nace de su propio existir, sino de algo que se hace frente a la existencia. El hombre es una criatura responsable y debe aprehender el sentido potencial de su vida. El ser humano no está llamado a vivir esta vida soportando la insensatez del mundo, sino más bien, está llamado a asumir, racionalmente, su propia capacidad para aprehender toda la sensatez incondicional de esa vida y darle un sentido llevadero a su sufrimiento causado por lo incierto de su vida (Frankl V. , 1999).

El sufrimiento se convierte en norma de vida, que llega incluso a paraliza y agotar el cuerpo y el alma. Aunque el sufrimiento forma parte de nuestra naturaleza, tratamos de huir de él, olvidando que el sufrimiento siempre tiene algo que decirnos. Entonces, el mejor camino, en el desarrollo de esta búsqueda, es aquel que no pretende erradicar o huir de esa realidad tan cierta como lo es el sufrimiento, el hombre debe afrontarlo y aceptarlo.

Todo ser humano sufre, tal vez, lo único que cambia es el modo como la persona asume ese sufrimiento que es parte natural de su vida. De esta manera, el sufrimiento se convierte en un aspecto necesario para conocerse a sí mismo y así, asumir la vida y encontrarle un sentido.

El sufrimiento tiene un papel fundamental. Desde una óptica más pesimista, el filósofo existencialista A. Schopenhauer (2000) desarrolla toda una reflexión sobre esto, a partir del *Leiden*⁵ de la vida. “*Toda vida es sufrimiento, sólo por el hecho de vivir ya estamos sufriendo. Todo goce es aparente, y lo único que termina por dominarnos es el sufrimiento*” (p.27). El filósofo existencialista intenta expresar que la vida misma es sinónimo de sufrimiento, y es por ello que, no es más que un intento de cubrirnos con una manta, convirtiéndose en una convicción que jamás llegará a calar por completo. El sufrimiento es la energía que mueve nuestro mundo provocando lo mejor y lo peor de cada uno de nosotros (2011).

Desde esta perspectiva el sentido de la existencia misma del hombre se origina en el sufrimiento, la vida sería esencialmente dolor, el cual nunca desaparecerá, ya que se transforma y, como tal, es inseparable de la misma existencia. Esto hace que todo ser humano sea medible, en principio, por el sufrimiento que lleva en sí. Nadie carece de él, aun cuando éste sea mínimo, éste no tiene límites. Se puede terminar con un tipo de sufrimiento físico, encontrar la cura para muchas enfermedades y mejorar la calidad de vida, pero aun así, el sufrimiento se transformará. Entonces, el hombre está condenado al sufrimiento total y continuo. Lo único que puede salvarlo de éste, es la impasibilidad ante lo bueno y lo malo, la inquebrantable serenidad.

Frente a esto, V. Frankl manifiesta que esta perspectiva del sufrimiento es positiva en tanto que ayuda al hombre a salir de su pasividad, y así, buscar un significado a su existencia. Es válido, el pesimismo de A. Schopenhauer, en cuanto el sufrimiento nos hace madurar y nos hace más humanos.

⁵ *Leiden*: sufrimiento

1.2.El concepto de sufrimiento

1.2.1. *El sufrimiento y sus arquetipos*

En este punto, es preciso distinguir el concepto de sufrimiento del concepto de dolor. Es verdad que se suele utilizar dichos términos como sinónimos. Sin embargo, es importante diferenciarlos para poder manejarlos adecuadamente⁶. Es importante distinguir el dolor del sufrimiento ya que al utilizar dichos términos sin distinción se puede correr el riesgo de desvalorizar el verdadero significado y el contenido profundo que, en sí, posee cada uno.

Sería un desacierto establecer una definición que sitúe al sufrir solamente en un plano físico o moral, cuando en realidad, éste integra tanto los aspectos fisiológicos, como los subjetivos, es decir la carga emocional y psicológica que cada individuo asigna al dolor; y hasta los aspectos ontológicos. En otras palabras, el sufrimiento es una experiencia que va más allá de una mera experiencia somática, es algo que tiene su origen, como ya lo dijimos, en el ser mismo de la persona, no es algo meramente externo, o sentimental, ya que se instaurará en el mismo ser de la persona.

Al referirse al dolor, la Asociación Internacional para el Estudio del Dolor (IASP)⁷, manifiesta que éste es "una experiencia sensorial y emocional con un daño que puede ser molesto o desagradable y que se siente en una parte del cuerpo; es el resultado de una excitación o estimulación de terminaciones nerviosas sensitivas especializadas". Esta definición reúne varios elementos, que distingue al dolor como una experiencia emocional o física. Así, tenemos el dolor emocional y el dolor físico.

El dolor emocional, se lo considera como una emoción negativa que surge ante determinadas situaciones o problemas. Por lo general se relaciona con una pérdida o con un problema que afecta de manera importante la vida de cada persona. Su duración es relativa y proporcional, ya que puede ser a corto o largo plazo, según la magnitud del acontecimiento que lo produjo. Esto puede ser: tristeza por una pérdida, estrés ante la necesidad de afrontar un problema, enojo, frustración, entre otros (IASP, 2015).

⁶ Dar una definición precisa y exacta del dolor y del sufrimiento resultaría un tanto pretencioso. Es por ello que, para el desarrollo de esta reflexión, tomaremos ciertas consideraciones, básicas y necesarias, de la ciencia sobre este tema.

⁷ *International Association for the Study of Pain*

El dolor físico, en cambio, es aquel que desencadena diversos mecanismos en el cuerpo para limitar los daños, como los reflejos. Inicia con la nocicepción, que es una fase bioquímica que implica la reacción de terminales nerviosas (los nociceptores) que se encuentran en la piel, los músculos, los órganos y los vasos sanguíneos, por ejemplo. El dolor puede caracterizarse de diversas formas según su localización, tipo e intensidad, pero siempre a nivel somático (IASP, 2015).

En cambio, el sufrimiento va más allá del dolor físico o emocional, como lo hemos presentado en el desarrollo de esta reflexión, es un fenómeno más complejo. En primer lugar, el sufrimiento es una realidad inherente a la existencia humana. En segundo lugar, el sufrimiento se lo puede entender como una respuesta cognitivo-emocional, que se presenta ante un dolor físico o emocional. Es un conjunto de pensamientos y emociones que se vinculan, adquiriendo mucho más intensidad y duración que cualquier tipo de dolor. Es por ello que el sufrimiento puede ser indefinido, aunque la situación que lo provocó ya se haya solucionado.

A diferencia del dolor, el sufrir tiene una doble dimensión primaria, biológica y física ya que tiene su origen en el cerebro y se lo denomina como una desagradable sensación que con frecuencia se presenta como una señal de alarma con respecto a la integridad del organismo. Por su parte, el Diccionario de la Lengua Española nos dice que es una “sensación molesta y aflictiva de una parte del cuerpo por causa interior o exterior”, pero también un “sentimiento de pena y congoja” (2002).

Aunque se puedan usar como sinónimos, hasta un cierto punto, las palabras «sufrimiento» y «dolor», el sufrimiento físico se da cuando de cualquier manera «duele el cuerpo», mientras que el sufrimiento moral es «dolor del alma» (SD 5).

Para entender esto, el ejemplo más concreto del que podemos partir es el acto del nacimiento. En medio de llanto, esfuerzo y sufrimiento, surge una nueva vida, la angustia que se hace palpable en una sala de partos, va transformándose y encontrando su calma en el llanto de un niño. Ante esta realidad cabría preguntarse: ¿Porque tanto padecimiento? ¿Es un error de la naturaleza? Si es un acto de vida ¿por qué ésta inicia con sufrimiento?

Según Thomas Nagel⁸ en su ensayo sobre *Lo Absurdo de la Vida*, el sufrimiento es el que lleva a una persona a plantearse preguntas basadas en su existencia, y de algún modo, piensa que, si encuentra la respuesta, encontrará también un poco de alivio y paz. Muchas veces, la pregunta se centra en el sentido de soportar diversos sufrimientos o desgracias en la cotidianidad de la vida o el significado que éste puede tener, si es que lo tiene. Pero, dice el filósofo: "*en sí mismo no tiene sentido ni significado alguno*".

El sentido y significado únicamente puede atribuirle el ser humano. Es él quien busca darle un sentido propio, por el simple motivo, que es el mismo hombre el que constantemente se construye a sí mismo. Es él quien debe crear su significado y darle sentido a los acontecimientos propios de la vida. A medida que va creciendo, va construyéndose y aprovechando todos y cada uno de los acontecimientos vividos, sean estos positivos o negativos, dolorosos o esperanzadores.

Frente a esto podemos decir que el sufrimiento al igual que el temor son elementos naturales que acompañan los actos naturales de nacer, vivir (en todas sus dimensiones) y morir. Así como la respiración y los latidos del corazón, el sufrir forma parte de la vida y de la existencia humana, nos acompaña desde que nacemos hasta que morimos. Está siempre allí, a nuestro lado, recordándonos nuestra limitación humana, y a la vez, recordándonos que estamos vivos, que somos y existimos. Jugando así, un papel fundamental en la existencia del hombre.

Nos da a entender que la vida se presenta, desde sus inicios, como una tragedia que plantean nuevas interrogantes a la gran incógnita del vivir. Interrogantes que se irán develando en la medida en la que el hombre se vaya conociendo a sí mismo y establezca una identidad de sí. Es decir, en la medida que vaya creando una conciencia de su ser aquí y ahora, de su existir.

Por otro lado, la historia de la humanidad es el testimonio más evidente de la presencia del sufrimiento en el mundo. Muertes, guerras, violencia, enfermedad, toda una

⁸ **Thomas Nagel:** filósofo estadounidense postmoderno, profesor de Filosofía y Derecho en la Universidad de Nueva York. Sus trabajos se han centrado en la filosofía de la mente, filosofía política y ética. Es conocido por su crítica de los estudios reduccionistas sobre la mente, por su contribución a la teoría político moral liberal y deontológica en "The Possibility of Altruism" (1970). En su ensayo "*The Absurd*" T. Nagel sugiere que nos percatamos de la condición absurda de nuestra existencia cuando contrastamos el punto de vista subjetivo de nuestra propia importancia con el hecho objetivo que nuestra existencia no vale más que ninguna otra.

suma de sufrimiento que se nos presenta con diversidad de matices. De allí que, al profundizar nuestra reflexión, podemos denotar tres arquetipos de sufrimiento.

En primer lugar, el sufrimiento natural. Aquel que tiene su razón de ser en la naturaleza. Terremotos, huracanes, sequías, inundaciones, entre otros desastres naturales, son fuertemente una realidad de nuestro mundo. Fenómenos causados por las leyes de la propia naturaleza, que son motivo de sufrimientos inexplicables y que exigen del ser humano, una capacidad de asumirlos, más allá de sus posibilidades. Luego, está el sufrimiento personal, que es aquél que se origina en el ser mismo de la persona. Además, que es conocido principalmente como enfermedad y que muchas veces es enigmático y prolongado.

Finalmente, el sufrimiento que tiene su origen en el hombre pero que tiene un destinatario diferente de sí mismo, es el sufrimiento causado por el otro, es decir, por el hombre. Aquel que no depende de uno mismo, sino de alguien más, sufrimiento que ha marcado negativamente nuestra historia, es el más frecuente y doloroso, ya que emana, principalmente, de las relaciones sociales y familiares. Esta suerte de sufrimiento es el más difícil de entender y aceptar, ya que es causado bajo la libertad y responsabilidad del ser humano. “*Los humanos hemos demostrado una gran habilidad para crear nuestro propio sufrimiento*” (Callahan, 2004)⁹.

S. Freud afirma lo dicho al distinguir estas fuentes principales del sufrimiento humano. Él destaca en primer lugar, *el propio cuerpo* que a través de la enfermedad nos hace descubrir nuestra finitud; en segundo lugar, habla del *mundo exterior*, ya que las agresiones del mundo exterior nos hacen descubrir nuestra pequeñez e indefensión; y por último, otros seres humanos, ya que las relaciones con el prójimo nos descubren la injusticia (Freud, 1973). Por su parte, san Juan Pablo II en su Carta Apostólica *Salvifici Doloris* también presentará estos arquetipos del sufrimiento humano:

El hombre sufre de modos diversos, no siempre considerados por la medicina, ni siquiera en sus más avanzadas ramificaciones. El sufrimiento es algo todavía más amplio que la enfermedad, más complejo y a la vez aún más profundamente enraizado en la humanidad misma. El sufrimiento humano constituye en sí mismo casi un específico «mundo» que existe junto con el hombre, que aparece en él y pasa, o a veces no pasa, pero se consolida y se profundiza en él.

⁹ Daniel Callahan: doctor en Filosofía de la Universidad de Harvard. Cofundador del Hastings Center y su Presidente desde 1969 a 1996. Es miembro del Institute of Medicine, National Academy of Sciences, y autor o coautor de 36 libros, el más reciente de los cuales es *What Price Better Health*.

Pensando en el mundo del sufrimiento en su sentido personal y a la vez colectivo, no es posible, finalmente, dejar de notar que tal mundo, en algunos períodos de tiempo y en algunos espacios de la existencia humana, parece que se hace particularmente denso. Esto sucede, por ejemplo, en casos de calamidades naturales, de epidemias, de catástrofes y cataclismos o de diversos flagelos sociales. De esta manera ese mundo de sufrimiento, que en definitiva tiene su sujeto en cada hombre, parece transformarse en nuestra época en un particular «sufrimiento del mundo» (SD 5-8).

Cuando hablamos de sufrimiento, debemos tener presente también, aquellos factores culturales que están detrás. Si se mira detenidamente, en muchas de las enfermedades o muchas de las manifestaciones del sufrir en el hombre, encontramos que detrás de ellas, más que una causa natural, su razón de ser es la manera inapropiada de asumir la vida, en las relaciones interpersonales y sociales condicionadas por factores que generan agresividad, violencia, e incluso, destrucción de la vida misma.

1.2.2. El sentido dialogal del sufrimiento.

La persona es el único ser que ha reflexionado sobre su existencia, no solo es un ser viviente sino un ser consciente. Él es el único que siente, piensa y obra con conocimiento de sus actos y de la repercusión de los mismos. Sabe que su manera de ser, sus vivencias, sus encuentros y sus posibilidades le pertenecen. Eso es aquello que le permite poseer su propio yo, su sujeto de actos y vivencias. Es decir, eso le da un conocimiento existencial y verdadero. Y todo esto gracias a su conciencia, la cual tiene su propia intención, abrirse a sí misma y al proyecto ideal que se va dando en el significado de su presencia en el mundo, de su presencia con los otros para poder afirmar el ser personal de cada ser humano (Santacruz, 2001).

Pues bien, al hablar sobre la conciencia, el origen y el sentido del sufrimiento, es importante volver a la comprensión heideggeriana del *Dasein*, del hombre como “ser situado”. Para poder vislumbrar que, al hablar del ser situado, se habla de la conciencia interior reflexiva que el hombre tiene de sí con relación a lo exterior, de su relación con el otro, es decir, el saber de su propia mismidad.

Frente al mundo, el hombre no se porta pasivamente, sino que lo interpreta o descubre su sentido y esto le lleva a actuar sobre él, es a lo que se refiere M. Heidegger cuando habla del “*hombre que está abierto al mundo*”, a diferencia del animal que está vinculado, ligado y determinado por su entorno. Por el contrario, el actuar del hombre en

su ambiente es libre, posee su espacio vital, no tanto entendido como un lugar, sino como un horizonte que lleva al hombre a destacarse en su ambiente y trascenderlo, darle un sentido profundo y verdadero.

El animal se mueve con total seguridad en su mundo, pero aunque vive encerrado en él, su instinto no le permite algo diferente. El hombre por su parte, alejado de un instinto pero favorecido por su inteligencia, se mueve en el mundo, tiene un abanico de posibilidades para desarrollarse y alcanzar su plenitud, pero aun así son posibilidades que no lo determinan ni le dan seguridad. Entonces es gracias a su intelección que conoce sus posibilidades y habilidades, después de un proceso, guiado por la conciencia, define o elige, racional y libremente, la mejor de las posibilidades, pero ello implica siempre un riesgo (Vélez, 1995).

Así, ser situado equivale a tener una relación de presencia de mi yo ante el mundo, no como un mero espectador pasivo, sino como un sujeto que activamente expresa y convierte a ese mundo de objetos en aquello que conocemos como cultura objetiva. A su vez, ese mundo tocado de lo humano se interioriza en la persona misma y lo lleva a expresarlo a su modo, y así, la exterioridad dada a la conciencia, pasa a ser exterioridad significada o mundo con sentido. Esta es la tarea del hombre, como situado en el mundo, humanizar el mundo.

El Dasein es necesariamente diálogo, porque su existir mismo es dialéctico, constantemente relativo a los “otros” que constituyen juntos el mundo del Dasein. No se trata de comprender, lo que se ve, es decir, de penetrar hasta la realidad del ser, sino simplemente de verle. Pero la peor de las ilusiones de la curiosidad es dar al Dasein que se entrega a ella la impresión de una vida auténticamente viva (Heidegger, 2003).

Entonces, si ser situado significa que el mundo es del hombre, como un objeto o algo distinto de su mismo ser, algo distinto a lo que él es pero que le pertenece, entonces ese mundo entra en su conciencia como algo conocido, como subsistente en sí o sustancia, dándole así una connotación vivencial. Por ello, concretado en un espacio (aquí), y en un tiempo (ahora), se convierte en el mundo del hombre, cuando con su experiencia personal lo asimila y lo convierte en el horizonte de comprensión, el mundo se convierte en una realidad indispensable para vivir.

Entendido esto, podemos afirmar que estamos rodeados de circunstancias y que de todas estas variables proyectadas en la dimensión del tiempo y del espacio nacen las

situaciones¹⁰. Así, la vida es una continua sucesión de situaciones siempre cambiantes y nunca estrictamente iguales, donde el hombre, es un devenir constante en dirección de sus anhelos, pero inserto en una temporalidad que le recuerda su acercamiento a la muerte. El hombre vive en un entorno de continuo cambio y con la angustia de saber que ha de morir, él es consciente de que es una de sus posibilidades más ciertas, y más que eso, es una realidad para él y para todo ser existente en este mundo.

De allí surge la angustia y el sufrimiento radical de la condición humana. Las situaciones y las relaciones afectan a la persona de distinto modo y con diversa intensidad, muchas de esas situaciones presentan una dialógica manejable y llevadera. Otras por su parte, dejan huellas profundas, que muchas veces son olvidadas o guardadas en el subconsciente. Entre las más importantes situaciones que, todo ser humano atraviesa en algún momento de su vida, encontramos además de la muerte, los grandes dolores y sufrimientos que surgen a partir del encuentro con el otro, con aquel con quien establezco una relación para, de algún modo, apaciguar la angustia y, por ende, el sufrimiento.

Ante esta realidad, el hombre se encuentra enfrentado a lo más profundo de su conciencia de sí mismo. Saber que es mortal, lo lleva a un sufrimiento existencial que muchas veces se puede manifestar en el plano físico o moral. Lo trágico de su existencia, y de estas situaciones, lo llevan a un estado de resignación, pero permanece en una lucha consigo mismo, y lo que lo sostiene y lo respalda, se basa en la relación con los demás, en la medida que el hombre es consciente de esto.

El hombre tiene un ansia de infinitud, desea alcanzar lo inalcanzable realizar lo irrealizable. El ser humano busca siempre ser más, no le basta con existir, busca constantemente horizontes infinitos, busca trascender. Y en la búsqueda de esta posibilidad, en la construcción de su *Dasein*, sabe que la manera más cercana para lograrlo está en sus relaciones con los demás, pero también sabe que hay un peligro y un riesgo, de no lograr trascender, provocando en sí mismo una sensación de sufrimiento y dolor.

Aparentemente es un problema estrictamente humano. Ya que los animales, aunque experimentan indudablemente dolor, hay poca evidencia que nos permita pensar

¹⁰ Definida la situación como el conjunto de las realidades sociales e históricas en las cuales se han de ejecutar los actos de la existencia personal del hombre.

que tengan el concepto de lo que nosotros entendemos por sufrimiento. Ante pérdidas o dificultades la respuesta del animal es, en general, más bien de indiferencia; está más regido por instintos. El hombre por su parte es un animal sufriente por esencia.

Siendo esencialmente humano el sufrimiento es entendido como un sentimiento aflictivo, psicológico y espiritual, limitante y trascendente, que se traduce esencialmente por angustia, ansiedad y pena. Al interrogarse el hombre por su sufrimiento alcanza profundidades en la comprensión de su ser más íntimo. Ante el sufrimiento, el hombre se interroga a sí mismo por su realidad radical. Porque el sufrimiento es algo que no se puede aceptar, que más que lógico tiene una dimensión dialógica, pero es nuestro, parte de la vida del hombre, aunque vaya en contra de su querer.

De allí que el sufrimiento más que un sentimiento negativo, es un camino para nuestro conocimiento más profundo y de apertura al otro. A través de él, el hombre toma conciencia de su trascendencia y es un impulso para su proyecto existencial. El tema del sufrimiento acompaña siempre al hombre, y coexiste con él en el mundo.

1.3. La respuesta del hombre

1.3.1. Actitudes ante el sufrimiento.

El sufrimiento es una interrogante que exige respuesta. Frente al hecho de saber que es una realidad misteriosa que acompaña la existencia del hombre, surge la pregunta por saber si el sufrir es algo bueno o malo. Ciertamente que el sufrimiento de por sí, ya es para el hombre, una realidad con una fuerte connotación negativa. Es decir, que es algo malo para el ser humano. Pero más que darle una cualidad, se trata de darle, al sufrimiento, un sentido pedagógico.

Tal vez si la vida humana fuera como la del animal, es decir, si su único afán fuese sobrevivir, dicha interrogante no tendría lugar en la vida del hombre. Pero el hombre, lejos de ser una realidad pasiva, busca, inquiera, examina, él mismo es su más grande desafío. Entonces es en esta búsqueda que el sufrimiento adquiere un sentido profundo y pedagógico, ya que lleva al hombre a preguntarse por el sentido de su vida y así, crece y madura.

Una larga tradición ha inscrito al sufrimiento como una fuente privilegiada de conocimiento, como un camino de perfección y aprendizaje. “*He sufrido, he aprendido*”¹¹. Incluso en nuestra cultura latinoamericana, hay un refrán muy conocido que denota lo dicho: «*la letra con sangre entra*»; o en la sociedad anglosajona «*No pain, no gain*»¹². Así, el sufrimiento, como una suerte de pedagogía rudimentaria, hace que el ser humano se convierta en una mejor o peor persona. El sufrimiento cambia a la persona.

Además, como buen maestro, el sufrimiento nos abre a la trascendencia, a la búsqueda de algo que supere nuestras capacidades, a alguien en quien se pueda encontrar las respuestas a todas las interrogantes de la vida. Nos obliga a abrirnos a los demás, relacionarnos y crecer con ellos. “*El sufrimiento, cuando se acepta, une a las personas, abriéndolas a la compasión, y haciéndolas más maduras y humanas. Por eso recalca Tommaseo*¹³: «*el hombre a quien el dolor no educó, siempre será un niño*»” (Gómez, 2009).

Entonces, el sufrimiento adquiere una dimensión gnoseológica. Dimensión que le muestra su condición humana y hace que aprenda de ella, le ayuda a descubrir su destino y a diferenciar entre la realidad y lo aparente, le enseña cosas que de otra forma no aprendería. Esta comprensión haría del sufrimiento un camino de sabiduría, autenticidad y discernimiento. Así, lo consideró el filósofo materialista L. Feuerbach al decir que el dolor es el auténtico motor del filosofar, que lejos de los engaños de la razón el sufrir era el momento de la verdad.

Frente a esto, se debe aclarar que, aunque el sufrimiento sea un motor de conocimiento y nos muestre de manera excepcional ciertos aspectos de nuestra existencia, no es el único ni el mejor, ya que la persona que sufre no tiene la garantía de adquirir un mayor conocimiento o mayor conciencia de su sufrimiento y su condición humana. Incluso, pueda que el conocimiento que da el sufrimiento termine siendo destructivo y alienante. Anulando cada sentido y cada potencia del ser humano. O simplemente, un conocimiento incomprensible, irracional e inútil. Retomando el pensamiento de A.

¹¹ Proverbio griego

¹² Sin dolor no hay beneficio.

¹³ Niccolò Tommaseo: (1802-1874, Florencia) fue un escritor, lingüista y patriota italiano de la Dalmacia. Sus obras más conocidas son el monumental Dizionario della Lingua Italiana, en ocho volúmenes y el Dizionario dei Sinonimi, entre otras muchas.

Schopenhauer, en su obra “*El mundo como voluntad y representación*”, lo importante del sufrimiento, antes de si es bueno o malo, es:

El sufrimiento, en tanto que experiencia elaborada personal y socialmente, es una experiencia mediada, contaminada, como lo son todas las experiencias humanas. La experiencia del dolor puede llegar a desplazar a cualquier otra experiencia que viva la persona, convirtiéndose en el polo de atracción de sus recursos emocionales. El dolor puede adueñarse de la experiencia física y psíquica de la persona, limitando tremendamente la capacidad de conocimiento. Aun así, el dolor muestra a la persona aspectos únicos de su existencia y de la condición humana” (2003).

Ahora bien, si partimos de uno de los principios fundamentales de la física, en concreto, de la Tercera ley de Newton¹⁴, la ley de acción y reacción. Podemos decir que ante cualquier suerte de sufrimiento, vivido por el hombre, éste siempre tendrá una o varias respuestas y consecuencias. La acción del sufrimiento en la existencia del hombre, provocará una reacción que lo lleve, como hemos dicho antes, a conocerse, crecer y madurar. Estas reacciones producidas por el sufrimiento, también conocidas como actitudes, son muchas y variadas, ya que tienen la influencia de un sinnúmero de factores como la cultura, la religión, el modo de pensar, el aprendizaje, la personalidad, los valores, entre otros. Sin mencionar que cada persona reacciona de modo particular, “*cada cual es afectado no tanto por lo que le sucede, sino por la opinión que tiene acerca de lo que le sucede (Montaigne)*” (2009).

La actitud frente al sufrimiento, depende mucho del sentido que el ser humano le dé a su sufrimiento. Es así que mientras una persona se derrumba ante el dolor que está viviendo, otra puede enfrentarlo de una manera distinta y salir con más fortaleza, convicción y madurez. Por ello, de entre tantas maneras de asumir el sufrimiento, hablaremos aquí de las más comunes en la vida del hombre como: el miedo, la negación o rechazo, el silencio o resignación, la ascesis, la auto-afirmación, la aceptación y el optimismo dinámico.

Por una parte, y en la gran mayoría de personas, se presenta el miedo y la angustia ante el sufrimiento. Es una de las actitudes más comunes y a la vez una de las más

¹⁴ La tercera ley de Newton establece lo siguiente: siempre que un objeto ejerce una fuerza sobre un segundo objeto, este ejerce una fuerza de igual magnitud y dirección pero en sentido opuesto sobre el primero. Con frecuencia se enuncia así: A cada acción siempre se opone una reacción igual pero de sentido contrario. En cualquier interacción hay un par de fuerzas de acción y reacción situadas en la misma dirección con igual magnitud y sentidos opuestos.

peligrosas. “*Tenemos miedo al sufrimiento y ese mismo miedo ya es sufrimiento*” (Spaemann, 1991). Es ese temor ante el dolor, sea físico o moral, que hace del hombre un ser vulnerable, que lleve una angustia existencial, sobre todo por el temor ante la enfermedad y la muerte. En sí, el miedo ante el sufrimiento es el más grande de todos los miedos. Surge de la pregunta: ¿por qué a mí?, ¿por qué ahora?, y termina cegándonos y nos paraliza, nos impide aprender y construirnos. Simplemente neutraliza nuestra capacidad de crecer y darle sentido a la vida.

Otra de las actitudes, muy comunes, es la negación. Para ello, se parte del hecho que en sí mismo, el sufrimiento no es bueno, ya que se lo describe como un mal. Entonces la negación del sufrimiento, prácticamente resultaría como una tendencia instintiva en la persona, necesario, en cierto modo, para protegerse y evitar algún tipo de daño. Por ello, se busca huir de él, anularlo, rechazarlo. Pero esta negación desemboca en una prolongación del sufrimiento. El hecho de negarlo no quiere decir que no exista, que no esté presente en la vida. A. Schopenhauer expresa que la verdadera negación no consiste en aborrecer el dolor, sino en aborrecer los goces de la vida. Ya que el sufrimiento es propio a la existencia, y paradójicamente mientras más intentamos huir del sufrimiento hacia el goce, menos nos alejamos de éste (1999, pág. 135).

En nuestros días, de un modo más sutil, la pregunta por el sufrimiento se ha silenciado, se la ha suprimido. Se prefiere un camino en el que la persona se esfuerza por evitar y disminuir el sufrimiento. Así, por ejemplo, el budismo propone anular el sufrimiento a través de la anulación de la voluntad. El yo del hombre, desaparece con la praxis meditativa, desvaneciéndose así, el sufrimiento. Éste no tiene sentido, por ello, su práctica discurre entre evitar el sufrimiento y silenciar la pregunta sobre el sentido del sufrimiento. Existe así, una actitud que incapacita para soportar el padecer y aumenta con ello el sufrimiento. No se enseña a sufrir, como tampoco se enseña a morir (Lucero, 2011).

Está también, el camino de la ascesis¹⁵. Una actitud de rechazo y evasión del sufrimiento es a través de la ascesis como renuncia al placer, a la posesión y al egoísmo. Es decir, a través de ejercicios de austeridades, privaciones y mortificaciones de toda clase. Para A. Schopenhauer, el objeto de la ascesis es llegar, por el éxtasis, al acto

¹⁵ Del griego "áskesis" (ejercicio). Término de origen platónico, que se refiere a la actividad del alma en pos de su liberación de lo corporal, a fin de regresar a su lugar de origen. Ejercicio de abstinencia del alma para controlar las pasiones y el pensamiento. Ejercicio de privación y de alejamiento de lo sensible, como medio para conducir el alma a la unión con lo divino, o como simple ejercicio de expiación y purificación.

supremo de liberación, tanto de la conciencia subjetiva como de la voluntad de vivir. Por eso, para este filósofo existencialista, el suicidio es una posibilidad claramente lógica para anular el sufrimiento.

El suicida ama la vida; lo único que le pasa es que no acepta las condiciones en que se le ofrece. El hombre cuando se quita la vida, en realidad lo único que busca es una forma de existencia que no se identifique con el sufrimiento (pág. 224).

Si bien es cierto que el hombre no puede ser indiferente ante el sufrimiento, bien sea el suyo o el ajeno, también es cierto que en la vida todo depende de la actitud con que se tomen los acontecimientos que se presentan. Por ello, otra manera de asumir positivamente el sinsentido del sufrimiento es la auto-afirmación. F. Nietzsche, filósofo contemporáneo, en sus obras *“La gaya ciencia”* y *“Así habló Zaratustra”* encarna la actitud heroica de auto-afirmación del hombre frente al dolor. Manifiesta que el sufrimiento no tiene la última palabra: *“el placer es más profundo aún que el sufrimiento”* (Nietzsche, 1993). El sufrimiento no es real, ya que sus causas tienen su razón de ser en la subjetividad. Y aunque, el dolor supere ciertos límites, rompa la unicidad del yo y produzca la disolución del ser humano, condenándolo al pesimismo y a la misantropía. Esto le permite afirmarse y afirmar el carácter omnipotente y absoluto de su propio querer.

Finalmente sobre la aceptación y el optimismo dinámico. Podemos decir que, desde un punto de vista dialéctico, conocemos que el sufrimiento es un mal que, instintivamente, buscamos erradicarlo de nuestra vida a toda costa, pero a su vez, podemos constatar que éste es un mal necesario para el incremento y la constitución del bien. Por ello y bajo este matiz, el sufrimiento es en último término un bien que debe ser aceptado y asumido para así, darle sentido y valor a nuestra existencia.

Cuando uno se enfrenta con un destino ineludible, inapelable e irrevocable, entonces la vida ofrece la posibilidad de realizar el valor supremo, de cumplir el sentido más profundo: aceptar el sufrimiento. El valor no reside en el sufrimiento en sí, sino en la actitud frente al sufrimiento, en nuestra actitud para soportar ese sufrimiento (Frankl V. , pág. 134).

Todo es aprendizaje en la vida: se aprende a vivir y a morir; en el contexto cultural, aprendemos a tener ciertos valores e ideales; aprendemos que la vida tiene triunfos, derrotas, fracasos; aprendemos a revelarnos contra el sufrimiento y a aceptarlo, aprendemos así, a gozar y a sufrir. Aceptar el sufrimiento es asumir una actitud que nos

saca de la pasividad. El sufrir se convierte en una tarea que se centra, principalmente, en reorganizar la propia vida contando con ese hecho dramático presente en la vida. Es como “*el fuego de la fragua donde, como los buenos aceros, el hombre se ennoblece y se templa*” (Lewis, 1995).

Aunque el sufrimiento puede ser ocasión del desmoronamiento definitivo, ya que produce una crisis interna, tenemos la libertad de aceptarlo o rechazarlo. En esa libertad radica la posibilidad de enriquecerse con el sufrimiento. Y una actitud de aceptación es algo que nos hace más libres, por eso, somos capaces de crecer y madurar. “*El verdadero resultado del sufrimiento es un proceso de maduración; elevación o purificación*” (Lucero, 2011). C. S. Lewis¹⁶, en su obra “El problema del dolor” afirma que “*el hombre doliente se ennoblece si ha aprendido a ser fuerte para sobrellevar su dolor*”.

Entonces, al saber que no se puede evitar siempre el dolor, el mejor camino es descubrir el verdadero sentido del sufrimiento y afrontarlo, es decir, sufrir con sentido, dándole al sufrimiento un fin en sí mismo y así trascenderlo, llevándolo más allá de sí mismo. Es lo que S. Kierkegaard propondrá en su reflexión sobre el sentido de la vida. Él manifiesta que todo hombre está en un perpetuo devenir, en un eterno esfuerzo por superarse, unificarse, conquistarse, y así, llegar a ser uno mismo.

Superar la existencia estética, en la cual la vida se centra en lo superficial en lo informal, lejos del compromiso. Y transformar su existencia en una existencia ética, en una vida donde el hombre asuma y se comprometa con ciertos principios morales generales que le permitan alcanzar la felicidad. Este proceso necesariamente conlleva a que el hombre se arroje a la fe, llegando así, a una existencia religiosa. En la fe, el ser humano reconoce su anhelo de infinitud, y en libertad, decide relacionarse con el Ser trascendente que dará sentido a su existencia.

Es allí donde la fe tiene un papel fundamental, ya que se convierte en una invitación a un reconocerse a sí mismo, a asumir la vida, al igual que lo hizo Abraham, el padre de la fe. Es decir, tomar decisiones y a pesar de lo que se sufra, realizar y continuar el camino de la vida con plena convicción en lo que uno cree, es lo que nos hace ser seres paradójicos en camino a la felicidad (Kierkegaard, Temor y temblor, 2001).

¹⁶ C. S. Lewis fue un apologista cristiano, crítico literario, novelista y académico británico, reconocido por sus novelas de ficción, especialmente por “Las crónicas de Narnia” y “la Trilogía cósmica”.

1.3.2. *Eudaimonia: hacia un entendimiento del sufrimiento.*

En el antiguo mundo griego dominaba, fuertemente, la concepción sobre la *Eudaimonia* que básicamente hace referencia a la plenitud del ser. Cada escuela filosófica centraba su atención, de distintos modos, en alcanzar la plenitud del ser. Así, el epicureísmo proponía la realización de la vida buena y feliz mediante la práctica de liberación personal. Epicuro manifestaba que la presencia de la felicidad era un sinónimo de la ausencia de dolor. Por ello, se debía llegar a un equilibrio perfecto entre la mente y el cuerpo, entre el placer y el sufrimiento, a través de la ataraxia¹⁷. Dando énfasis al hedonismo.

Contrario a esto, los estoicos, consideraron que la felicidad, es un estado que se alcanza con la fidelidad a la naturaleza y a la razón. La virtud es suficiente para alcanzar la felicidad, ya que es un bien por sí misma y su realización trae consigo la felicidad. Además, se debe eliminar las pasiones, a través de la apatía, de una vida ascética, lejos de las pasiones. Del mismo modo, la escuela del escepticismo plantea que la felicidad solo es posible a través de la suspensión del juicio y la ataraxia, lo cual produce una transformación en la visión del mundo que desemboca en la indiferencia. Las acciones adecuadas, lejos de las pasiones y los deseos, son las que más nos acercan a la felicidad.

Para Aristóteles la felicidad (*eudaimonia*) o plenitud del ser, consiste en el ejercicio de la virtud. “*Un bien supremo, lo más noble y placentero del mundo. Un estado interno de satisfacción que tiene su razón de ser en la libertad de la persona, en su capacidad de conocer y amar, de tal modo que vivir bien y obrar bien es ser feliz*” (Aristóteles, pág. 266). Es así, el fin último hacia el que se orientan todas nuestras acciones, las cuales siempre debe estar en constante ejercicio de nuestra voluntad.

Ahora bien, cabe preguntarse: ¿Se puede ser feliz y alcanzar la plenitud que con tanto afán buscaban los filósofos griegos adquirir? Siguiendo la lógica de esta reflexión diremos que sí. Se puede ser feliz a pesar del sufrimiento. Retomando la *eudaimonia* aristotélica, Víktor Frankl nos dirá que vivimos para ser felices, que se puede alcanzar la felicidad en medio del sufrimiento, siempre y cuando aprendamos a vivir intensamente el momento presente, ya que la felicidad no es algo que se persigue sino es aquello con lo

¹⁷ Término que hace referencia a la paz anímica, a la imperturbabilidad del ánimo. En los estoicos y los epicúreos el término adquiere una especial relevancia en el contexto de su filosofía moral.

que uno se encuentra. Y lleguemos fundamentalmente a lo que S. Kierkegaard mencionaba como último estadio del ser humano: la fe.

Partiendo del presupuesto antropológico de la fe y de su compromiso con la vida, se puede aspirar a que el hombre de un sentido al sufrimiento. Su lógica consistiría en saber que la vida terrena es ciertamente sufrimiento, pero por la fe, el hombre podría alcanzar una verdadera trascendencia y así superar su propio yo. Al trascender, el ser humano alcanzaría la facultad de sufrir, entendido esto como un acto de auto-creación, por el cual, aprendería a ser feliz. Entonces, la felicidad resulta de un ejercicio de la voluntad que se asume libre y voluntariamente, por fe y por amor. Tanto para S. Kierkegaard como para V. Frankl, el amor es el móvil para aceptar el sufrimiento impuesto por el destino. *“En este Amor se funda dialécticamente el sentido del sufrimiento: Dios nos ama porque sufrimos, y sufrimos porque Dios nos ama”* (pág. 41).

Por su parte, la fe sería esa potencia creativa que da esperanza, ese anhelo de lo eterno, de lo infinito, que encuentra su fundamento en la voluntad de amar. Amar al que supera todas las contradicciones existenciales; a aquel que se da a Sí mismo para que el hombre trascienda; a aquel que posee una paciencia nunca antes vista ante el sufrimiento; a aquel que es a la vez Hombre y Dios, la Verdad que se hace Vida; a aquel que exige a cada hombre entrar en sí mismo, para ayudar a llegar a ser sí mismo; a aquel que es el modelo absoluto del sufrimiento asumido por amor: al Hijo de Dios. *“La vida es una prueba, el examen más importante. La asignatura es llegar a ser cristiano: sufrir siguiendo a Cristo”* (Kierkegaard, pág. 241). Sólo así, se podría encontrar una luz, a la pregunta sobre cómo ser feliz a pesar del sufrimiento.

CAPÍTULO II

JESUCRISTO: SIERVO SUFRIENTE POR AMOR

2.1. Mediación salvífica de Jesucristo: la Encarnación

2.1.1. *La humanidad de Cristo y la auto-comunicación de Dios.*

El destino del hombre es estar en la presencia de Dios y para que esto fuese posible fue necesaria la mediación de Jesucristo. Al ser su humanidad, precursora de nuestra humanidad, este hecho se vuelve esencial para nuestra salvación, ya que en él, en su vida, muerte y resurrección se nos revela el auténtico rostro de Dios.

Si partimos del primer momento de la vida misma, es decir, desde la Creación, podemos afirmar que desde ese instante se establece, de forma definitiva, el misterio de la salvación. Lejos del ideal del pueblo de Israel de fundamentar la creación en la Alianza, sabemos que el fundamento de dicha salvación es el infinito amor de Dios (Jesed)¹⁸ como nos lo dice el estribillo del salmo 136: “*porque es eterno su amor*”. Es por este amor que Dios nos crea en este mundo pero no con el propósito de que encontremos nuestra plenitud en esta vida temporal, sino que nos crea con un propósito trascendental, “*para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre*” (GS 18) y este destino feliz es la vida eterna.

Ahora bien, la teología de la creación manifiesta que Dios nos ha creado para Él (Sal 31), para estar en su presencia y gozar de la heredad de Dios de manera clara y convencida, como lo manifiesta san Agustín en su autobiografía: “*Nos hiciste, Señor, para ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en ti*” (1966, pág. 2). Pero este camino del hombre hacia la plenitud de su ser, desde el punto de vista soteriológico, se desarrolla en este mundo que ha sido creado con un “*equilibrio conveniente de males y de bienes para que el hombre opte con libertad de elección, entre Dios y no Dios*” (Galindo, 2008, pág. 19). Y decimos equilibrio ya que por más difíciles e incomprensibles que sean las situaciones de males y enfermedades, incluso hasta de muerte, éstas no impiden al hombre alcanzar su propósito, para el que fue creado, su salvación.

¹⁸ **Jesed** (misericordia). Representa el deseo de compartir incondicionalmente, la voluntad de dar todo de sí mismo y la generosidad sin límites. La extrema compasión. Asume el significado de acto gratuito y espontáneo de bondad y amor constante; gracia y fidelidad. Este vocablo se usa 240 veces en el Antiguo Testamento. El término es uno de los más importantes en el vocabulario teológico.

Todo esto, para entender lo que el Nuevo Testamento nos presenta, la imagen de que todo ha sido creado por Dios Padre, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, por quien y para quien todo ha sido hecho. San Pablo en su primera carta a los Corintios lo afirma categóricamente al decir que: “*para nosotros, no hay más que un solo Dios, el Padre, de quien todo procede y a quien nosotros estamos destinados, y un solo Señor, Jesucristo, por quien todo existe y por quien nosotros existimos*” (1Cor 8,6). Dándonos a entender así la mediación fundamental y única de la humanidad de Cristo en la creación. Si el mundo ha sido salvado por Cristo y en Cristo, esto significa que también ha sido creado por él y para él.

Aunque Dios no tenía ninguna necesidad de crear el mundo, ya que Dios es la perfección absoluta y no tiene necesidad de nada, invita a la existencia. Con su Palabra, da lugar y forma a todo cuanto es, crea de la nada, *ex nihilo*, (Gn 1, 26-27) como un acto de amor que, en total libertad, da el ser a otro diferente de Él, y desde ese primer instante toda la humanidad ha sido elegida y predestinada en ese acontecimiento único y totalmente singular de la Encarnación del Hijo de Dios. Jesucristo se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser verdaderamente Dios.

Y es que en Jesucristo se manifiesta el amor de Dios que nos supera y nos envuelve haciendo de esta humanidad una nueva humanidad con miras a una realización plena: la categoría que los padres de la Iglesia atribuyeron a la gracia como santificación total, a partir de la Creación de la humanidad a imagen de Dios, la divinización del hombre (*theopoiesis*). Dicha categoría de la divinización o deificación tiene como objetivo, por una parte, la unificación con Dios por medio de Cristo (Jn 17,11-23), y, por otra, ser partícipes de los sufrimientos de Cristo, para elevarse con él en la gloria (Rm 8, 16-18; 2 Cor 4, 16-18). “*El Verbo por su infinito amor se ha convertido en lo que somos nosotros, para convertirnos a nosotros en lo que es Él*” (Ireneo, pág. 438).

Frente a esto, el Concilio Vaticano II, en el capítulo quinto de la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, abre de manera positiva la expectativa de la salvación de Cristo a toda la humanidad. Señala que no existe ninguna persona que no esté afectada por el misterio del Verbo hecho carne ya que mediante su Encarnación, el Hijo de Dios se ha unido, de alguna manera, a todo ser humano, tanto a sus alegrías, como a sus sufrimientos. Porque, Cristo, siendo de naturaleza divina, asumió la naturaleza humana para darle la verdadera plenitud al hombre en cumplimiento al plan del amor infinito de

Dios. El Hijo se hace hombre para salvar al hombre y hacerlo capacidad de Dios (*capax Dei*)¹⁹.

En Jesucristo, se realiza la salvación de manera plena y definitiva en la historia, es por ello, que dicho acontecimiento involucra a todo ser humano. Cristo, es el único Mediador de la salvación humana. “*El Hijo se hace hombre para salvar al hombre, es decir, para ayudarlo en la tarea de realizarse, para potenciar su impotencia, para realizar su esperanza y para llenar su capacidad de infinito*” (Torres-Queiruga, 1995, pág. 179). Así, uno del teólogo más relevante del siglo XX, K. Rahner, en su obra de Cristología, manifiesta que:

El hombre Jesús es el hombre auténtico (en absoluto) precisamente porque, volcándose en Dios y en el hombre necesitado de salvación, se olvida de sí y existe únicamente en este olvido. Así, la proximidad de Dios se hace presente en Jesús y en su predicación de forma nueva, única e insuperable (1975, pág. 35).

Por otro lado, es necesario llegar a una comprensión adecuada sobre la verdadera humanidad de Jesucristo y su importancia capital en la obra salvífica de Dios. Para esto, se debe partir del hecho, que la salvación se la entiende no como un algo sino como un Alguien, que es Cristo. Entonces decimos que la humanidad de Jesucristo es esencial para nuestra salvación porque no hay salvación fuera de la mediación de la humanidad de Cristo, porque es “*en su humanidad donde habita corporalmente la plenitud de la divinidad*” (Col 1,19). Y es en su humanidad que encontramos valor y sentido a nuestra humanidad, a nuestra vida, a nuestros dolores y sufrimientos.

Por ello afirmamos al inicio de este capítulo que en él, en Cristo, en su vida, muerte y resurrección se nos revela el auténtico rostro de Dios. Al ser Jesucristo el único Mediador entre Dios y los hombres se entiende que su humanidad es el lugar hermenéutico y fenomenológico por excelencia, donde Dios y el hombre se encuentran de modo pleno y real. En su persona se encuentra el fundamento y la posibilidad de toda mediación. Su humanidad atestigua que el ser humano está creado por y para Dios.

A lo largo de la historia, el tema de la humanidad de Jesucristo ha sido de gran polémica y ha marcado la fe cristiana. Se han desarrollado diversas posturas, las cuáles, en su afán de dar una lógica “humana” a la encarnación del Verbo, han separado la unidad

¹⁹ El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar (CEC 27).

indisoluble de la humanidad y divinidad de Cristo. Así, en miras a una comprensión adecuada de la persona de Jesucristo en su totalidad, se precisa que la divinidad no se entiende sin la humanidad y es en este misterio revelado que la salvación se realiza de manera perfecta. Dicho de otro modo, la salvación, dada en Cristo, solo se realiza plenamente en la historia humana. El hombre alcanza la salvación por ese amor (divino) de Dios que le supera y sobrepasa (Ef 3, 19), amor expresado en el Logos encarnado.

Una comprensión de la persona de Jesús y de su historia separada del Logos creador (Jn 1, 3.10), Logos que ha venido a habitar entre nosotros, resulta equivocada y falsa, pues no toma en consideración la realidad última que explica la persona, la obra y el misterio de Jesús de Nazaret (Uríbarri, 2008, pág. 395).

Además, decimos que no hay salvación fuera de la mediación de la humanidad de Cristo, ya que, por la encarnación, los hombres pueden alcanzar la filiación de manera semejante a la de su Hijo. En él la divinidad y la humanidad están unidas de manera definitiva. De esta manera, Jesucristo-Mediador no solo hace posible la Alianza de Dios con los hombres sino que realiza esta Alianza en sí mismo. Su obrar y en sí su ser, solamente tienen sentido y adquieren consistencia si se afirma que Jesús es desde siempre el Cristo, el Señor y el Hijo de Dios vivo, que nos ha visitado compartiendo con nosotros la humildad de nuestra carne (Uríbarri, 2008).

Entonces, la humanidad de Jesucristo nos demuestra que fuimos creados para Dios, de ella emanan todas las bendiciones de Dios a la humanidad, en ella se da la unicidad y la universalidad de la salvación. Así como su humanidad fue glorificada, el ser humano espera que en su destino final, a semejanza de Cristo, su humanidad también sea glorificada; que su configuración futura, en la resurrección, sea con una humanidad semejante a la de Cristo. Finalmente, se debe acentuar que el Hijo de Dios realizó verdaderamente un camino humano en su obediencia, en su enseñanza y en su misión, como camino de revelación y salvación. Un camino de auténtico vaciamiento de sí mismo (Kénosis).

El hecho de que Dios se haya encarnado, para hacernos partícipes de su vida a través de la resurrección, es lo que da fuerza y sentido a la fe cristiana. La fe cristiana marcada por la resurrección, se encuentra vinculada a una persona, a Dios en Cristo, es por eso que el cristiano vive desde ya su participación en la vida divina, aquí y ahora, como consecuencia de su configuración sacramental. A imagen de Jesucristo que vivió, enseñó, predicó, curó, padeció, murió y resucitó, para darnos la salvación. Esta afirmación

tiene su origen en dos textos bíblicos neotestamentarios: la Anunciación (Lc 1, 26-38) y el himno cristológico de la carta a los Filipenses (Flp 2,7).

«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.» Ella se conturbó por estas palabras y se preguntaba qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en tu seno y a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús... le llamarán Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David... «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será santo y le llamarán Hijo de Dios...» (Lc 1, 26-38).

Los padres latinos valoraban de manera especial el texto de la Anunciación, ya que fundamenta la Encarnación, y por ende, el abajamiento de Dios, el vaciamiento de sí mismo. San Ireneo, es el primer padre latino que utiliza el término “encarnación”, basado en el capítulo primero del evangelio de san Juan, versículo 14: “*El verbo se hizo carne*”. Expresión que dio lugar, en la historia y en la teología, a la reflexión y definición del misterio de la encarnación, que básicamente, se centra en la unión hipostática de la naturaleza humana con la naturaleza divina en la persona del Verbo. Jesucristo es verdaderamente humano y verdaderamente divino (DS 250). Así lo expresa el concilio de Calcedonia (451):

Siguiendo, pues, a los Santos Padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse a uno solo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en la divinidad y el mismo perfecto en la humanidad, Dios verdaderamente, y el mismo verdaderamente hombre de alma racional y de cuerpo, consustancial con el Padre en cuanto a la divinidad, y el mismo consustancial con nosotros en cuanto a la humanidad, semejante en todo a nosotros, menos en el Pecado [Hebr. 4, 15]... se ha de reconocer a uno solo y el mismo Cristo Hijo Señor unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, en modo alguno borrada la diferencia de naturalezas por causa de la unión, sino conservando, más bien, cada naturaleza su propiedad y concurriendo en una sola persona y en una sola hipóstasis, no partido o dividido en dos personas, sino uno solo y el mismo Hijo unigénito, Dios Verbo Señor Jesucristo...(DS 148)

Pero Cristo, no solo asume la naturaleza humana, sino que se hace obediente al Padre hasta la muerte de cruz. Dios mismo se inserta en la historia humana y se vacía hasta pasar por la experiencia de la cruz. Por ello, al interpretar el acontecimiento Jesucristo se debe ver en conjunto el mensaje salvífico, desde su encarnación hasta su resurrección, la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús. Ese Jesús que, más que ser víctima expiatoria, es la Salvación dada por el amor infinito de Dios a toda la humanidad, enmarcando así, dicho acontecimiento en el plan de salvación: “*estamos salvados en Cristo, y nada podrá separarnos de ese amor de Dios manifestado por Cristo Jesús, Señor nuestro*” (Torres-Queiruga, pág. 213).

La plenitud del Logos de Dios se hace visible en Cristo, siendo el único camino para conocerlo. Y conocer a Cristo es conocer a Aquel único sujeto subsistente simultáneamente, que es sujeto de sufrimiento de su humanidad y sujeto de las obras de poder de su divinidad; aquel que ha tenido una personalidad humana absolutamente original, como todo ser humano; aquel que vivió su ser persona en un devenir histórico; aquel que vivió su relación de Hijo bajo el modo de un yo humano y que tomo conciencia de su persona a través de su experiencia, su existencia y su misión. A aquel que asumió plenamente nuestra condición humana y, aunque sin detalles, conocía que la salvación del mundo pasaba por él.

En definitiva, aquel Logos divino, la Palabra misma del Padre comunicada a la humanidad entera, Palabra por la cual Dios se aproxima al hombre y es capaz de ser un hombre y de vivir como un hombre, es la revelación absoluta de Dios. Dios se ha anonadado y ha tomado un rostro humano. En Jesucristo se nos da la posibilidad de conocer a Dios, ese Dios que es capaz de darlo todo por el hombre en la kénosis del Verbo. Dios se vacía y se abaja para que el hombre pueda llenarse de la plenitud de Dios. Estableciendo, de este modo, una comunicación perfecta y definitiva con el hombre de una vez por todas (Hb 9, 24 - 28).

La auto-comunicación de Dios es un signo radical del amor del Padre. Al darnos a su Hijo, nos revela que nos ama como él ama a su Hijo. Mientras que el Hijo, hecho hombre, nos amó y nos trata como él trata y ama a su Padre. Y el culmen y la corona de ese amor se manifiestan en la cruz, donde Jesús se da al Padre y a nosotros, dándose así la plenitud de la mediación de Cristo, quien a más, de dar su vida por toda la humanidad, asume una solidaridad radical que le hace hermano de todos.

Por ello, el cristiano que vive una auténtica experiencia en Cristo, se sabe salvado y resucitado, fiel a su fe y lleno de una esperanza firme, en medio de las alegrías y adversidades, victorias o sufrimientos. Vive, habita, sufre y se esfuerza en este mundo, consciente de que está viviendo a imitación de Cristo, un destino de pasión y gloria.

Al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz. Por eso, Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos, y toda lengua proclame para gloria de Dios Padre: «Jesucristo es el Señor». Por eso, queridos míos, trabajen por su salvación con temor y temblor. (Flp 2, 7-12).

El anonadamiento en la cruz revela la divinidad de Jesús, divinidad que consiste en el amor que se entrega plenamente. El Hijo de Dios se encarnación en la debilidad, se hizo cercano a nosotros y por nosotros. Y fue esta kénosis la que el Padre, en una situación de existencia humana gloriosa, premió su obediencia hasta la cruz. Así, el autovaciamiento sobre la cruz, que nos describe la carta a los Filipenses, no es otra cosa que la revelación en nuestra historia de quién es Dios: el amor que se entrega (CELAM, 1999).

2.1.2. *El mal y el sufrimiento.*

Una de las interrogantes que desde siempre ha estado asociada a la pregunta por el sufrimiento, es sobre la naturaleza del mal. Desde el punto de vista meramente racional, es una cuestión que atormenta la vida del hombre ya que se constituye a partir del instante que afecta su conciencia, es decir, a partir del momento que se hace sufrimiento, dolor o tristeza. Muchas veces se tiende a confundir el mal con el sufrimiento, mal y sufrimiento pasan a ser sinónimos, por ello, más que realizar un análisis profundo sobre el amplio tema del mal, aquí trataremos de identificar su relación con el sufrimiento y distinguirlo del mismo. Para ello, tomaremos como punto de partida la definición del mal de san Agustín.

Aunque el mal es muy real, porque hace sufrir al hombre, desde Platón y en la era patristica, desde san Agustín, el mal es definido como no-ser. Entendido esto como aquello que no tiene una realidad autónoma, una carencia que solo se la puede entender en relación con el ser y el bien. En palabras de san Agustín, en el Libro Tercero de sus Confesiones, el mal sería la *privación de bien* (Confesiones, 1966). Entonces el mal no tiene ser propio, *es la ausencia de un bien en un ser que es bueno en sí mismo y donde ese ser debería subsistir* (Neusch, 2010). San Agustín da fuerza a su argumento del mal como no-ser, en relación con Dios, creador de todo cuanto es. El gesto creador de Dios es don de ser, su dinámica de la creación va de la nada al ser, mientras que la dinámica del mal (de-creación) va del ser a la nada. Lo que la palabra creadora de Dios ha sacado de la nada hacia el ser, la de-creación lo vuelve a sumir en una negación del ser.

Es en esta dinámica de la negación del ser, que el mal aparece bajo diversos aspectos, y sea cual sea su aspecto, siempre se lo debe entender como aquello que no tiene ser propio, como una carencia de ser que afecta a la libertad humana o al mismo mundo.

Así, se puede identificar tres aspectos o, aún mejor, tres máscaras del mal: el mal moral, la finitud y el sufrimiento. De las cuales, el mal moral, fundamentado en la libertad, sería la primera causa del sufrimiento, como consecuencia del pecado. “*No hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero*” (Rm 7, 19). Con sus palabras, san Pablo verifica la definición de mal como ausencia o privación. Aquí se entiende que el mal es ausencia de un bien que debería ser y que sería efectivamente si la libertad no hubiera quedado por debajo del deber (Neusch, pág. 43).

Ahora bien, decimos que el sufrimiento es un aspecto del mal, que tuvo su origen en la deslealtad de la libertad de Adán. Y esto, ya que el sufrimiento que lastima la naturaleza del ser humano, está íntimamente ligado al mal moral y por tanto a la libertad. Entonces, aquí el sufrimiento verifica nuevamente la definición del mal como déficit, ya que se presenta como carencia de ser, físico, psíquico o espiritual, que no tiene autor definido sino que se origina en el mal moral.

En las Sagradas Escrituras, se puede distinguir la presencia del sufrimiento, de principio a fin, desde el primer libro (Génesis) hasta el Apocalipsis. Y esto, para darnos a conocer la raíz del sufrimiento como consecuencia del pecado que nuestros primeros padres cometieron. Para comprender esto, es necesario remitirse al libro del Génesis, donde se manifiesta que antes del pecado cometido, Adán y Eva poseían un paraíso terrenal donde no existía el sufrimiento, dolor o enfermedad alguna (Gn 2, 8). Pero, por el pecado (Gn 3, 16-19), el sufrimiento se introduce en la historia humana y a partir de ese momento, el hombre ha tratado de evadir el sufrimiento y escapar de él de todas las formas posibles pero una realidad que no se puede negar es que “*el terreno del sufrimiento humano es mucho más vasto, mucho más variado y pluridimensional*” (SD 5).

En el Antiguo Testamento, por una parte, el sufrimiento es considerado como castigo de Dios a causa del mal moral del hombre, dándole un nuevo significado al sufrimiento como equivalente del mal, ya que lo identifican el uno con el otro. Por otra, tenemos el testimonio de Job como muestra de que el sufrimiento es una especie de prueba con un propósito pedagógico y formativo. Muestra de ello son los sufrimientos vividos por el pueblo de Israel, como un llamado a la conversión. “*Los castigos no vienen para la destrucción sino para la corrección de nuestro pueblo*”(2 Mac 6, 2).

Entonces, la propuesta que tiene su origen en la vida del pueblo de Israel, descrita desde el Antiguo Testamento, y que el cristianismo invita a llevarlo a la praxis, es afrontar

el mal y por ende el sufrimiento, asumiendo como un desafío, como un problema específico para confrontarlo con Dios. El cristiano, debe tener la certeza primero, de que Dios no es responsable del mal; segundo, lejos de una cuestión especulativa, el mal no puede ser considerado como una substancia o ser, tiene que ser confrontado como lo que Cristo ha vencido en la cruz. Así, la pregunta sobre el mal ya no sería: ¿de dónde viene?, sino que al asumirlo desde otra óptica, es decir, mirarlo frente a Dios, la pregunta tendría que ser: “¿qué se puede hacer contra el mal?” (Ricoeur, 1986).

Ciertamente el ejercicio de esta óptica distinta corre el peligro de llevar al cristiano, e incluso a todo hombre que se encuentre con el problema del mal, a tomar ciertos caminos que desemboquen en una vía sin retorno que lo alejen de su fe y por tanto de Dios. Pero tomar este riesgo implica llegar a cierta comprensión de dicho problema, el cual, según la propuesta bíblica, se establece en un proceso de diálogo y encuentro de Dios con su pueblo.

Finalmente, retomando el pensamiento de san Agustín que, lejos de una visión trágica, indica que el mal aunque no posea ser, se hace presente en la vida del hombre de dos modos distintos pero inseparables. Prueba de ello, es lo dicho por el filósofo Paul Ricoeur al afirmar que “*la distribución presente de los males no puede sino aparecer arbitraria, indiscriminada y desproporcionada*” (1986, pág. 6). A pesar de ello, se puede enmarcar bajo dos categorías: el mal ontológico, como una presencia correlativa y necesaria para la existencia de un mundo libre y plural, y el mal moral que pertenece exclusivamente a la decisión humana, como consecuencia del déficit provocado por la distancia óptica entre el Creador y la criatura. Así lo manifiesta el libro de Job, la vida de un justo sufriente que tiene la libertad para manifestar su fe o alejarse de ella.

Y es en este uso de libertad que el teólogo, Karl Barth, propone pensar el problema del mal desde el punto de vista cristológico, dándole a la fe fuerza y fundamento, dejando al mal no como un problema que hay que resolver para decidir si creer en Dios o no sino como una situación en la que Dios se manifiesta tal como es, como el Dios que vence al mal al asumirlo de manera solidaria y dando una esperanza al cristiano de ver al mal como una realidad tenue y hasta optimista porque ya ha sido vencida en Cristo.

La nada es aquello que Cristo ha vencido anonadándose él mismo en la Cruz. Es necesario decir que en Jesucristo, Dios ha encontrado y combatido la nada, y de esta manera nosotros conocemos la nada, en Cristo Dios ha vencido el mal (1986).

Entonces, en esta vida temporal comparada con la vida eterna, los males o sufrimientos, pasarían a ser situaciones pasajeras que se constituyen como fragmentos insignificantes en el destino del hombre hacia su máximo bien, pero éste, sólo podrá ser alcanzado cuando el hombre, en el ejercicio de su libertad, pudiendo elegir el mal, elija el camino del bien, allí radica su mérito y su destino. Ya que si Dios evitara todos los males que acontecen en la vida del hombre, estaría yendo en contra de su perfección y de nuestra libertad, dejando el problema del mal como un desafío que construye nuestra fe. *“El hombre sufre, cuando experimenta cualquier mal”* (Frankl V. , pág. 110). Entonces sufrir es hacer la experiencia de un mal. Por eso, el cristiano tratará de vivir esta experiencia buscando la iluminación de la revelación bíblica, culminada en el acontecimiento de Jesús de Nazaret.

2.2.El sufrimiento a la luz del Evangelio

2.2.1. El libro de Job: ¿Por qué sufren las buenas personas?

Ante la realidad del sufrimiento humano es inevitable que surja la pregunta: ¿cómo Dios puede permitir esto? Tanto la persona creyente como la atea o agnóstica, se ha hecho esta pregunta. Incluso esta interrogante ha sido utilizada como camino para demostrar la inexistencia de Dios o, a manera de reproche, la existencia de un Dios no omnipotente, cruel e insensible. Frente a esto, el cristianismo intenta comprender esta realidad y darle un sentido profundo y verdadero. Y es en la experiencia de Jesús, en su Pasión y Resurrección que esta pregunta alcanza su verdadero sentido.

Las Sagradas Escrituras nos develan este enigma, en ellas encontramos esa luz que revela parcialmente el misterio del sufrimiento en este mundo, y es de manera especial, en los Evangelios que encontramos dicho camino. El teólogo alemán Jürgen Moltmann, en *“La pasión de Cristo y el dolor de Dios”* manifiesta que *“no puede ser tan absolutamente negativo el sufrimiento cuando Dios Padre no se lo escatima a su propio Hijo”* (1992), para darnos a entender el carácter solidario y redentor del sufrimiento del Hijo de Dios, dándole a éste un carácter salvífico y así, alcanzar una comprensión del sufrimiento que lleve a una praxis solidaria del creyente con todo ser humano que sufre.

Pero, antes de considerar la experiencia de sufrimiento del Hijo de Dios relatada en los Evangelios, es importante detenerse un momento en la experiencia del sufrimiento

en el Antiguo Testamento y el mejor exponente de este tema es Job. “*El estudio más profundo y completo del sufrimiento humano que encontramos en la Biblia, y quizás en toda la literatura, es el Libro de Job*”, es el poema más maravilloso de todas las épocas y todos los idiomas. No se ha escrito nada que posea un mérito literario similar dentro o fuera de la Biblia, lo que hace de la figura de Job el paradigma inigualable del justo sufriente (Kushner, pág. 18).

La Sagrada Escritura se refiere a Job como un hombre cabal, profundamente bueno, que teme a Dios y no peca jamás (Jb 1,8). De un momento a otro, se destruye su casa, su ganado, sus hijos mueren y recibe una suerte de tortura física convirtiendo cada instante de su vida en dolor y sufrimiento. A pesar de la insistencia de la esposa de Job y de sus amigos de que abandone su piedad y maldiga a Dios, Job permanece firme en su fe, nada de lo que le suceda puede hacerle abandonar su devoción a Dios. Pero, no le resulta fácil descubrir el sentido y el origen del sufrimiento:

Dios me entrega a los injustos, me arroja en manos de malvados. Estaba yo tranquilo cuando él me golpeó, me agarró por la nuca para despedazarme. Me ha hecho blanco suyo: me cerca con sus tiros, traspasa mis entrañas sin piedad y derrama por tierra mi hiel. Abre en mí brecha sobre brecha, irrumpe contra mí como un guerrero. Yo he cosido un sayal sobre mi piel, he hundido mi frente en el polvo. Mi rostro ha enrojecido por el llanto, la sombra mis párpados recubre» (Jb 16, 11-17).

Ante tanto dolor no demora en aparecer el grito ante Dios, un grito que refleja nuestra miseria y nuestra fragilidad humana: “*Siento asco de mi vida, voy a dar curso libre a mis quejas, voy a hablar henchido de amargura*” (10, 1). Un grito de desconcierto y rebeldía que nace de una humanidad sufriente, “*te has hecho cruel conmigo*” (30, 20-23). Un grito que expresa una búsqueda legítima de un Dios, que desde nuestra confusa óptica humana, nos parece inaccesible y lejano: “*¿por qué me ocultas tu rostro y me tienes por enemigo?*” (13, 23-25). Precisamente, un grito que lo lleva al corazón mismo de su fe en Dios: “*yo sé que vive mi Defensor (go’el)*²⁰” (19, 25).

El grito de Job antes de ser un signo de fe, pone en cuestión la bondad de Dios creador, expresa que la humanidad creada es efímera (7,7), dolorosa (14,6), desesperada (7,11) y destinada a la muerte (14,5). En definitiva, una creación sometida a un Dios cruel e irracional que ha quebrantado los fundamentos mismos de la justicia (sedaqah) de Dios. Pero, tras expresar sus quejas, Job no declina de su fe, a pesar de sus blasfemias, recibe

²⁰ Go’el: aplicado a Dios, se refiere a la intervención redentora de Yahvé, el que rescata.

la mirada de Dios que le recuerda que el amor creador de Dios tiene su lógica interna, que su amor será siempre fiel a su creación para hacerle partícipe de su redención.

Es así que, después de tanto sufrimiento la fidelidad de Job recibe su recompensa, una nueva casa, una fortuna y nuevos hijos. Desde el punto de vista teológico, su respuesta de fe es una enseñanza para todos los creyentes a no abandonar la fe y la esperanza en Dios cuando lleguen tiempos difíciles. Por el contrario, se debe aferrar más a la fe el tiempo que sea necesario. No es fácil conservar la fe, pero cuando se cree en Dios se puede decir todo. Y sin embargo la fe permanece incommovible. Entonces, el silencio de Dios adquiere una función motora sobre la fe de Job, Dios se muestra lejano para que Job fortalezca su esperanza y descubra su verdad en el encuentro con Él. (Léveque, 1986). Es así como Dios recompensa su sufrimiento,

Una posición semejante la encontramos en el pensamiento del gran novelista F. Dostoievski, quien desde su ateísmo de protesta expresa que no se rebela contra Dios, sino que no acepta su mundo. Pero a pesar del mal tan arraigado en este mundo, opta por Dios y se abre a Él, como Job, aunque no encuentra una respuesta coherente. Es así, que la figura de Job, siempre será la mejor representación de aquellos seres humanos perseguidos y desorientados por el sufrimiento injusto.

Si el Señor consiente en probar a Job con el sufrimiento, lo hace para demostrar su justicia. El sufrimiento tiene carácter de prueba. El libro de Job no es la última palabra de la Revelación sobre este tema. En cierto modo es un anuncio de la pasión de Cristo. (SD 11)

El teólogo contemporáneo A. Torres-Queiruga manifiesta que en *“Jesús de Nazaret se ofrece el ejemplo más claro y al mismo tiempo más duramente realista. Creer es, por definición, actuar, insertándose en la acción creadora y salvadora de Dios”*. Por ello, es indispensable volver la mirada hacia Jesús, crucificado y resucitado. Sólo así, se puede hablar honesta y coherentemente del Dios de Job.

2.2.2. La experiencia del sufrimiento del Hijo de Dios.

La figura del justo Job, es en cierto modo, prefiguración de Cristo y un anuncio de su pasión. El Antiguo Testamento deja claro que el Mesías tenía que sufrir. Y es en el poema del Siervo Sufriente de Isaías que podemos constatar esto:

Despreciado por los hombres y marginado, hombre de dolores y familiarizado con el sufrimiento, semejante a aquellos a los que se les vuelve la cara, no contaba para nada y no hemos hecho caso de él. Sin embargo, eran nuestras dolencias las que él llevaba, eran nuestros dolores los que le pesaban. Nosotros lo creíamos azotado por Dios, castigado y humillado, y eran nuestras faltas por las que era destruido nuestros pecados, por los que era aplastado. El soportó el castigo que nos trae la paz y por sus llagas hemos sido sanados... (Is 53, 3-8).

En este pasaje bíblico se contempla ya la obra redentora, el sufrimiento adquiere un sentido diferente, lejos del castigo y de la prueba, se hace camino de revelación del amor divino: amor que es salvífico ya que redime, salva y libera. Entonces, podemos decir que el amor es el camino necesario para darle sentido al sufrimiento, aunque éste sea siempre un misterio que en la medida de lo posible se debe contemplar a la luz de Cruz de Cristo: *"el amor salvífico de Cristo por el cual hemos sido sanados. La cruz de Cristo arroja una luz completamente nueva sobre este misterio, dando otro sentido al sufrimiento humano en general"*. (SD, 21).

Pero antes de llegar a la Cruz de Cristo, es necesario leer en conjunto la vida de Jesús y su obra en este mundo, ya que aislar el hecho de la redención y enmarcarlo solo en los últimos instantes de su vida sería limitar la obra salvífica de Dios. *"Sí, Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga Vida eterna."* (Jn 3,16). Vemos como el evangelista Juan remarca el hecho de que el Hijo único de Dios ha sido dado a la humanidad para liberarla del mal y del sufrimiento de manera definitiva.

Y es que toda su vida ha sido un combate contra el mal, combate que termina con la victoria paradójica de la cruz. El Redentor conquista el mal con el bien, por su obediencia hasta la muerte y una muerte de cruz. *"No hay amor más grande que dar la vida por los amigos"* (Jn 15, 13). Los evangelios no dejan de mostrarnos que Jesucristo quiso ser semejante a nosotros (en todo menos en el pecado), no ama el sufrimiento ni lo busca, pero sabe aceptarlo cuando lo encuentra en su propia vida y lo asume como ocasión de mostrar su amor y confianza en el Padre (Jn 14, 31; Lc 23, 46), y su amor y solidaridad incondicional con los hombres (Lc 23, 34).

Su amor a la humanidad no es pura teoría o doctrina, sino vida, más aún, un sufrir y morir con los hombres. No se contenta con examinar la miseria humana y luego buscar remedios para aliviarla, sino que Él mismo se pone en contacto con dicha miseria. El amor de Jesús traspasa los límites de su propio corazón para atraer hacia sí al prójimo o

mejor dicho, para salir de sí mismo, identificándose con los demás para vivir y sufrir con ellos (Adam, 1967, pág. 114)²¹. Además los Evangelios nos presentan a un Jesús que vive la vida en plenitud por su dedicación a la causa del Reino. Pero esta vivencia plena no le exime de la experiencia propia del sufrimiento y del dolor, y mucho menos le aleja del sufrimiento de la gente que vive a su alrededor.

Haciendo un breve recorrido por la vida de Jesús, vemos como desde niño ya experimentó el rigor de una vida difícil por falta de alojamiento adecuado (Lc 2, 7), la fatiga que proviene del trabajo en el taller de Nazaret. En su vida pública siente hambre (Mt, 4, 2), el cansancio (Jn 4, 6), la sed (Jn 4, 7), la incompreensión de los suyos, la persecución por parte de aquellos que tenían el poder en aquel tiempo, entre otros. Y así, vemos como en la vida de Jesús, el sufrimiento tuvo su lugar constante y a la vez, como parte de su lucha contra el mal.

Ahora bien, es en su pasión, donde Jesús vive la más viva experiencia de dolor y sufrimiento en todos los aspectos de su dimensión humana. En su obra *Cruzando el umbral de la esperanza*, san Juan Pablo II, nos recuerda que: “*para entender el sufrimiento hay que mirar a Cristo en la cruz por amor a los hombres: Cristo crucificado es una prueba de solidaridad de Dios con el hombre que sufre*” (1995). Por tanto, la fe en Cristo no suprime el sufrimiento, sino que lo ilumina, lo purifica, lo eleva y lo vuelve lícito para la eternidad.

Jesús acepta el sufrimiento y lo asume con realismo, como una ocasión de mostrar su amor y abandono total en el Padre y su amor a los hombres. Vemos así, como en la cruz, se preocupa de su madre, “*Hijo ahí tienes a tu madre*” (Jn 19, 27), perdona a sus verdugos: “*Padre perdónales porque no saben lo que hacen*” (Lc 23, 34); y acoge la súplica del buen ladrón: “*hoy estarás conmigo en el paraíso*” (Lc 23, 43). Todo esto, para demostrarnos la vivencia plena de su humanidad, y a su vez, para darnos a conocer la intimidad de Dios.

Y hablamos de la intimidad de Dios, ya que ver el sufrimiento de Cristo es ver el sufrimiento del Padre, ya que Jesucristo es el rostro visible del Padre. Basados en esta experiencia del sufrimiento de Jesucristo, grandes teólogos como K. Rahner y J.

²¹ **Karl Adam** fue un teólogo alemán católico, doctor por la Universidad de Múnich en Filosofía (1903) y en Teología (1904). Ordenado presbítero en 1900, desarrolla su labor pastoral en una parroquia, antes de ser nombrado profesor de Moral en Estrasburgo. Pasa a Tubinga como profesor de Dogmática (1919-1944). Ha sido uno de los principales autores de la renovación de la eclesiología en el siglo XX.

Moltmann²² afirman que la humanidad de Jesús nos revela la intimidad de Dios ya que la humanidad de Jesucristo, lejos de ser una máscara o un disfraz, fue como la nuestra, se hizo hombre por nuestra causa, compartió nuestra situación para actuar como nuestro Redentor. J. Moltmann considera el acontecimiento de la cruz como el lugar por excelencia de la revelación trinitaria y por ello, al sufrimiento de Cristo le corresponde el sufrimiento de Dios: “*el Hijo sufre la muerte y el Padre sufre la muerte del Hijo con infinito sufrimiento de amor*” (Moltmann J. , 1992).

Entonces, el amor de Dios se entrega de tal forma que elimina libremente la alternativa de dejar de sufrir por el amado, en otras palabras, se produce así, una suerte de empatía divina²³. Empatía que alcanza su momento culmen visible en dos etapas. La primera, en el Jesús crucificado, aquél que muere entregándose confiadamente en las manos amorosas del Padre. Y la segunda, en la resurrección de ese Jesús crucificado, como confirmación por parte de Dios de esa fe-confianza en la cruz, de donde brota la fe cristiana que cree incansablemente en la presencia amorosa de Dios, por más que aparezcan oscuridades ocasionadas por el mal.

En efecto, la revelación cristiana nos muestra el rostro de un Dios que crea única y exclusivamente por amor, que se inclina sobre la criatura apoyándola en su lucha contra las dificultades físicas y morales que se oponen a su realización y que acaba rescatándola en la generosidad inaudita de su amor. Así, la humanidad de Cristo nos revela la intimidad de un Dios que es sensible a nuestro sufrimiento desde la plenitud de su propia felicidad. Y es esta experiencia de Jesús, la que proporciona una base para inspirarnos de una manera particular en nuestro modo de comprender y de vivir el drama humano del sufrimiento (Gourgues, 1990).

2.3.El verdadero sentido del sufrimiento: el Amor

2.3.1. Redescubriendo el sufrimiento en la sabiduría de la Cruz.

Llegamos así a la teología de la cruz. A partir de la cual, la premisa central se basará en el auténtico sentido del sufrimiento fundamentado en el Amor. Y es que hablar de la teología del sufrimiento es hablar de la teología de la kénosis de Cristo, la cual nos

²² K. Rahner (1904), *Cristología*; estudio teológico y exegético; J. Moltmann (1926), *Teología de la Esperanza*.

²³ Psicológicamente, la empatía implica capacidad de sentir con la otra persona, de entrar en su situación.

enseña a encontrar a Dios en los lugares donde la vida se halla impedida, donde la cruz es el lugar por excelencia de la revelación de Dios, la revelación de su amor.

El amor es la fuente más rica sobre el sentido del sufrimiento, que es siempre un misterio; somos conscientes de la insuficiencia e inadecuación de nuestras explicaciones. Cristo nos hace entrar en el misterio y nos hace descubrir el «por qué» del sufrimiento, en cuanto somos capaces de comprender la sublimidad del amor divino (SD 13).

San Juan Pablo II, en su carta apostólica *Salvifici Doloris* afirma que la mejor manera para encontrar o descubrir el sentido profundo del sufrimiento, es a través de la Palabra revelada de Dios. El creyente debe abrir sus múltiples potencialidades y sentidos, y así, acoger la luz de la Revelación. Teniendo como guía y horizonte el Amor, la fuente definitiva de todo lo que existe y la fuente más plena de la respuesta a la pregunta sobre el sentido del sufrimiento. Respuesta que ha sido dada por Dios al hombre en la cruz de Jesucristo.

Y es que desde el amanecer del tiempo hasta hoy, todo ser humano ha experimentado, de forma distinta pero real el sufrimiento. Con respecto a esto, el destacado teólogo alemán, J.B. Metz dice: *¿cómo puede hablarse de Dios, de la creación y de la salvación, teniendo en cuenta las abismales experiencias de sufrimiento que hay en nuestro mundo?* (Orbe, 2004). Pregunta que exhorta a replantear la imagen cristiana de Dios, de ese Dios trascendente y omnipotente que se da a conocer en el Crucificado, como conjunción de la trascendencia divina en la inmanencia humana.

Dios está en el Crucificado, el Crucificado es el Hijo de Dios. Y es en él, en quien somos llamados a encontrar a Dios, a encontrarlo donde nadie lo espera, en la impotencia, en el abandono, en la agresión, en la negación misma del poder. Dios se implica en el sufrimiento del ser humano no desde su omnipotencia sino desde su amor. No elimina la muerte pero ofrece, desde ella, la vida. Ofrece la salvación desde el crucificado.

Por una parte, los Evangelios nos enseñan que el sufrimiento es repetidamente valorado como manifestación de amor. *“Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna”* (Jn 3, 16). Por otra, nos presentan a un Dios solidario con el hombre, un Dios que sufre con el Hijo en la cruz para, a partir de ahí, presentar una esencia divina que haga compatible el amor con el escándalo de la cruz. Dios quiere abrir esta relación de alianza a todos los seres humanos, a partir de Jesús.

Para traducir este carácter exclusivo de un amor que se da, los evangelios utilizan el término griego *agape*²⁴ (en latín: caritas). *Agape* se entiende en una triple dimensión: como amor afecto (ahabá), como amor bondad (jesed), y como amor compasión (éleos²⁵). Así, el que cree en Jesús y camina siguiéndolo entra desde ese momento en el *agape* divino: “*Como el Padre me ama a mí, así, os amo yo a vosotros. Permaneced en mi amor*” (Jn 15, 9).

Dicho de otro modo, los Evangelios nos enseñan que Dios nos ha amado el primero, y sólo él es quien nos puede enseñar a amar, pues “*Dios es Amor*” (1 Jn 4, 8). Y esto sólo es posible en Jesucristo. San Pablo manifiesta que el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento nos llenará hasta recibir toda la plenitud de Dios (Ef 3, 19). De allí que, esta comunicación de la plenitud venga únicamente de Aquel que se humilló y se vació hasta morir en la cruz. Dios se vacía para que el Hombre pueda llenarse de la plenitud de Dios. Entonces, es porque somos amados que existimos y es en la misma dinámica de ese amor que la vida tiene sentido y un valor eterno. Y es ese amor que le da sentido a mi vida el mismo que le da sentido a mi sufrimiento.

Aunque no hay nada más contradictorio al hablar de salvación que hablar de un hombre muerto en una cruz. Es en esta sabiduría de la cruz, que todo alcanza su sentido, de manera especial, el sufrimiento. Es la cruz que está presente en nuestras iglesias, hogares y caminos, aquella que abre nuestra oración y acompaña nuestras plegarias, la que, a pesar de ser escándalo y locura para muchos (1Co 1, 23), es nuestra principal esperanza, el camino más preciso para darle un valor genuino y verdadero al sufrimiento. La cruz es aquello que le da un valor salvífico al sufrimiento.

La cruz es inseparable de toda la vida de Jesús y de su resurrección, el Resucitado es llamado siempre por los ángeles el Crucificado. La cruz es signo de vida y salvación, signo que hace de Jesús un mistagogo que conduce al misterio de Dios, que conduce a Dios, él es la Palabra, el verbo de Dios, él es nuestra salvación en la medida que nos hace conocer al Padre, entrar en comunión con él y así, tener la capacidad de redescubrir el sentido del sufrimiento a partir de la salvación de la Cruz.

Cristo acepta la cruz por amor de obediencia al Padre para redimirnos: “*Padre mío, si es posible, pase de mi este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero, sino*

²⁴ Mt 5 43, 9 13; Lc 3 10, 10 33; Jn 3 11, 10 14, 12 28, 13 1.34, 15 2.18, 16 27, 17 6

²⁵ Éleos: misericordia

como quieres tú” (Mt 26, 39). Entonces, todo esto tiene su sentido, en base al mandamiento principal del Evangelio, no se puede llegar a comprender la Cruz, si no se entiende el núcleo esencial del mensaje de Jesús: el amor. San Pablo lo explicará en la carta a los Efesios: *“Cristo os ha amado y se ha ofrecido por vosotros, ofreciéndose a Dios como sacrificio”* (Ef 5, 1-2).

Ese amor de Jesús con el que muere en la cruz tiene carácter de disponibilidad y servicio ofreciendo su propia vida por los hermanos (1Jn 3, 16). El sacrificio de Cristo se hizo precio del rescate del hombre (Rm 6,5), para que este pudiera llegar a ser hijo de Dios. La cruz es tan esencial que se convierte en el centro de las primeras predicaciones de los apóstoles: *“nosotros predicamos a Cristo crucificado, escandalo para los judíos, locura para los gentiles, más poder y sabiduría de Dios para los llamados”* (1 Co 1, 23-25).

Así lo quiso el Padre: *“Él no perdonó a su propio Hijo, antes lo entregó por todos nosotros”* (Rm 8, 32). Así, lo entendió Jesús: *“El Hijo del hombre debe de sufrir mucho y que sea rechazado de los ancianos, y de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas, y sea muerto y resucite al tercer día”* (Lc 9,22; Mc 12). Y cuando Pedro quiere apartarle de la idea de ir hacia la cruz, le amonesta seriamente diciéndole: *“quítate de mí vista, Satanás; tú me sirves de escándalo porque no sientes las cosas de Dios sino las cosas de los hombres”* (Mt 16, 22-23). Lo mismo sucedió al explicar a los discípulos de Emaús la razón de su muerte *“era necesario que el Mesías padeciese esto”* (Lc, 24,26), y lo argumento citando a Moisés y a los profetas.

Es así que la redención realizada mediante la pasión y muerte de Cristo, signo de victoria sobre el mal, no sólo es un acontecimiento que nos devuelve nuestra condición de hijos de Dios y nos purifica del pecado, sino que *“revela a la conciencia del hombre un nuevo significado del sufrimiento”* (Monge, 2006). Dicho acontecimiento ilumina el problema del mal y le da un sentido al sufrimiento del hombre en general. Es decir, el sufrimiento pasa a tener un valor positivo, cuando nos ayuda a comprender nuestra naturaleza y nuestras limitaciones. Nos humaniza, cuando crecemos, maduramos, asumimos y compartimos nuestro sufrimiento y el sufrimiento ajeno.

Jesús es el inocente que sufre, que padece sin culpa propia, que no merece ese dolor, sin embargo lo acepta voluntariamente y con amor. Esto es lo que le convierte en redentor. Cristo aceptó, deseoso *“beber el cáliz del dolor”* (Jn 18, 11)” (SD 43).

Así, vemos como los Evangelios y los escritos neo testamentarios nos presentan la vida de Jesús como signo de sufrimiento y a la vez como signo de vida, de salvación y redención (Col 2, 14-15; 2Co 2, 14; 1Co 15, 24-26; Ap 6, 2). La vida de Jesús en este mundo es el signo visible del Amor de Dios en medio del sufrimiento y el dolor que el mismo vivir del ser humano conlleva (Jn 16, 33). Con Cristo, el sufrimiento se convierte en una invitación, estímulo y vocación a un amor generoso, que al igual que el amor de Dios, se manifieste en toda su profundidad y grandeza, y así sea asociado a su oblación redentora (SD 19). Por ello, todo el que sufre, se sabe llamado a participar en la gran tarea de la redención que Cristo realizó especialmente en la Cruz. De tal modo que el sufrimiento alcance frutos de salvación.

2.3.2. El signo radical del Amor cimentado en las Bienaventuranzas (Mt 5, 3-12).

Decíamos ya que el momento más doloroso, el de la cruz, es donde se opera la salvación. El momento por excelencia del sufrimiento del Hijo de Dios, pero a la vez, un momento trascendente, ya que es ahí donde Cristo cambia radicalmente el sentido del sufrimiento, ya no basta ver en él una muerte por los pecados, ahora, es necesario descubrir en él la potencia redentora y salvífica del amor. El sufrimiento, en el misterio de la redención de Cristo, queda superado y se transforma en fuerza salvífica para el creyente, en victoria del bien sobre el mal, en signo radical del amor. Del mismo modo, aquel acontecimiento se establece como una buena noticia, como anuncio de felicidad. Pero ¿qué clase de felicidad es aquella que proviene del sufrimiento?

Es una realidad que a nadie le gusta sufrir. Y aunque para Jesucristo tampoco fue de su agrado (Mt 26, 39), sin embargo abrazó su sufrimiento por amor. Después de recorrer toda Galilea, ciudades y aldeas proclamando el kerigma del Reino de Dios (Mt 4, 23) con palabras (Mt 5-7) y con obras (8-9), Jesús invita a sus discípulos a «enseñar a poner por obra todo lo que os he mandado» (Mt 4, 20). Invita a ser dichosos por causa del Reino. Es en este contexto que se nos invita a abrazar libremente el sufrimiento por amor, en unión con Jesucristo, para llegar al verdadero valor salvífico. Sufrir para ser fiel al camino del amor propuesto por Dios en la vida de Jesucristo, camino que pese a todo tipo de pruebas, injusticias, desconuelos, persecución e injurias, nos llevará a la dicha eterna del Reino de Dios.

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien y os persigan, y cuando, por mi causa, os acusen en falso de toda clase de males. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos» (Mt 5, 3-12).

San Agustín, consideraba al conocido “sermón de la montaña” como la síntesis de todo el Evangelio, ya que nos presenta el horizonte para tener éxito en la vida: lo que da felicidad y sentido a la existencia humana. Por tanto, las Bienaventuranzas pasan a ser el mensaje clave para redescubrir el valor salvífico del sufrimiento. Y es que las bienaventuranzas, más que un compendio de ética cristiana, una noble utopía o un deseo de felicidad, son una constatación y proclamación de la dicha de aquellas personas que ya son felices y que en momentos de padecimiento lo serán. No son una promesa de felicidad para el futuro, sino una declaración de felicidad en el presente.

Es por ello que las bienaventuranzas en el mundo de hoy, se convierten, en una exhortación a ser felices en el mundo en el que vivimos y, en una interrogante que debe interpelarnos en el por qué no lo somos. Jesús quiere hacer de sus discípulos hombres dichosos, y al igual que él, aprender a convertir el sufrimiento en signo de vida y salvación (Dupont, 1990). Por ello, nos invita a la felicidad de la que hablan las bienaventuranzas que, lejos de la dicha de la posesión o la resignación producida por nosotros, es una felicidad que viene a nosotros, y que no excluye las contrariedades, la privación y el sufrimiento. “*Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos*” (Mt 5, 10).

La dicha de las bienaventuranzas es una verdadera alegría, basada en una fe y en una esperanza. Jesús pudo proclamarlas porque él fue el primero en vivirlas, son el reflejo de su experiencia y de su práctica concreta de fe y de esperanza, atravesada por el sufrimiento y la perspectiva de la cruz. Por ello, las víctimas de la persecución son llamadas dichosas, no ya simplemente en virtud de sus sufrimientos que claman intervención divina, sino de una manera más concreta porque sufren por causa de Cristo: “*por mi causa*” (Mt 5, 11), “*por causa de este hombre*” (Lc 6, 22).

Entonces, Jesús es la garantía y el modelo de la existencia bienaventurada. Existencia en la que el motivo por el que sufre adquiere una importancia esencial, un papel protagónico en la realización de la salvación. *Los sufrimientos padecidos por causa de Cristo refuerzan el vínculo de solidaridad que une a los creyentes con aquél de quien*

esperan la salvación (Dupont, pág. 61). Con respecto a esto, san Pablo hablará del gozo de los que esperan (Rm 12, 12) a pesar de las tribulaciones:

Más aún, nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rm 5, 3-5).

Por tanto, en el Evangelio de san Mateo como en el de san Lucas, las bienaventuranzas se presentan como un programa de vida cristiana que enseñan no solo quién es dichoso, sino sobretudo cómo hay que obrar para participar de esa felicidad en medio de los avatares mundanos y humanos, y por ende, del sufrimiento. San Lucas propone cuatro bienaventuranzas, mientras que el Evangelista san Mateo, las amplía y las transforma al proponer nueve bienaventuranzas, aun así, hay un fondo común: todo creyente es invitado a ser cristiano de buena conducta, para dar a conocer el valor de la fe cristiana en el mundo y vivir el Reino desde ahora en sintonía con la alegría de la fe.

Tener fe en el Señor no es algo que interesa solamente a nuestra inteligencia... sino que es un cambio que implica toda la vida, a nosotros mismos: sentimiento, corazón, intelecto, voluntad, corporeidad, emociones, relaciones humanas. Con la fe realmente cambia todo en nosotros y por nosotros, y se revela claramente nuestro destino futuro, la verdad de nuestra vocación en la historia, el significado de la vida, la alegría de ser peregrinos hacia la Patria celeste (Benedicto XVI, 2012).

Retomando lo expuesto en el primer capítulo, decimos que el sufrimiento es y será siempre inherente a la vida del ser humano. Es un hecho que hace que la vida se torne en una lucha por descubrir una solución a este problema fundamental de la existencia misma. Es así que, en el amor vivido a partir de la cruz de Jesucristo se puede evitar la pérdida del sentido de la vida o el caer en una angustia existencial. El ser humano, a la luz del Evangelio, puede hallar un valor fundamental que no solo le muestra un sentido sino que plenifica su existir en el amor de Dios.

También carga Dios con su cruz, que en la tierra no hay amor sin sufrimiento. Si no quieres sufrir, no ames, pero si no amas, ¿para qué quieres vivir? (2015).

CAPÍTULO III

LA IGLESIA Y EL SEGUIMIENTO DE CRISTO

3.1. La fe vivida desde Amor, transfigura el sufrimiento

3.1.1. *Las Virtudes teologales como paliativos del sufrimiento.*

Sus sufrimientos por una parte son escandalo para la fe, pero por otra son una constatación de la fe, señal que Dios es Amor, es fiel, es misericordioso, es consolador. Unidos a Cristo resucitado ustedes son sujetos activos de la obra de salvación y evangelización (S.S. Francisco, 2014)²⁶.

En la actualidad, frente a un mundo donde impera el consumismo y el egoísmo, el materialismo y la insolidaridad, las palabras del Santo Padre son una exhortación necesaria y urgente, a toda persona, a afrontar el dolor y el sufrimiento del mundo actual, a través de la vivencia de las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad, también conocidas como virtudes teologales.

Así, vivir la caridad, pero la caridad entendida, no dentro de un contexto de un asistencialismo elemental, sino como una virtud sobrenatural por la que la persona puede amar a Dios sobre todas las cosas, por El mismo, y amar al prójimo por amor a Dios. Ahora bien, esta virtud de la caridad solo se la puede vivir plenamente desde la fe, es una virtud basada en la fe, un don que el Espíritu Santo infunde en el corazón humano y que lleva a entregarse a su vez al mismo Dios y al prójimo.

La fe sin amor no tiene valor, así lo manifiesta san Pablo al poner la caridad por encima de la fe. "*Aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy*" (1Co 13,2). La relación entre fe y caridad es tan íntima que no pueden entenderse por separadas, ya que la fe es una respuesta libre a la revelación de Dios que requiere el amor puesto en práctica. Por ello, la Iglesia enseña que debemos trabajar en nuestra salvación y que, dicho trabajo es inseparable de la fe.

Así pues, queridos míos, de la misma manera que han obedecido siempre, no sólo cuando estaba presente sino mucho más ahora que estoy ausente, trabajen con temor y temblor por su salvación, pues Dios es quien obra en ustedes el querer y el obrar, como bien le parece (Flp 2,12-13).

²⁶ Discurso del Papa Francisco dirigido a cinco mil peregrinos de las Asociaciones fundadas por el Beato italiano Luigi Novarese. Se trata de la Asociación Obreros Silenciosos de la Cruz y de los Centros de los Voluntarios del Sufrimiento. Alentándolos a perseverar en su carisma fundacional, que es un don para la Iglesia.

El Apóstol enseña la importancia de la fe con relación a las obras, porque las obras deben corresponder a lo que creemos por fe. La fe es una realidad que se vive y por lo tanto incluye un obrar constante, y es en el obrar de la Iglesia que la caridad se hace visible, de manera especial, con aquellos que se encuentran en situación de dolor y sufrimiento.

Entonces, en base a los temas tratados en el capítulo anterior, sabemos que la experiencia del sufrimiento en la vida de cada persona se acepta y se fortalece solo en la fe y en el amor. Desde esta óptica, la fe ayuda a penetrar el sentido de todo lo humano y, por ende, también del sufrir. (Benedicto XVI, 2009). Si decimos que el sufrimiento es una experiencia que forma parte de nuestra existencia, entonces la realidad del dolor humano adquiere un valor y un sentido trascendente a la luz de la fe en Dios y en su infinito amor. En base a esto, podemos afirmar que el sufrimiento es la constatación de la fe vivida desde la caridad.

El amor es la mejor ayuda para soportar el sufrimiento. Cuando la cruz se lleva por amor, no pesa tanto. Así es el amor. Y es que la caridad es el centro de una auténtica antropología cristiana²⁷, todo el *ethos*²⁸ cristiano recibe en efecto su sentido de la fe como «encuentro» con el amor de Cristo, que ofrece un nuevo horizonte e imprime a la vida la dirección decisiva.

El amor cristiano encuentra fundamento y forma en la fe. Encontrando a Dios y experimentando su amor, aprendemos «a vivir no ya para nosotros mismos, sino para Él y, con Él, para los demás» (Deus Caritas est, 33), ya que la fe es la verdad revelada en que se cree, considerada objetivamente (*fides quae*)²⁹, y la adhesión subjetiva a esa verdad (*fides qua*).

²⁷ En la concepción más genuinamente cristiana, la revelación no tiene otro objeto sino Dios mismo, que se da a conocer mediante Cristo, Verbo encarnado, para que los hombres, en el Espíritu Santo, por medio del mismo Cristo tengan acceso al Padre (DV 2). El hombre es el destinatario de la revelación y de la salvación que ésta anuncia y realiza. Por otro lado, el conocimiento de Dios y de la salvación descubre la definitiva vocación del ser humano. En este sentido el hombre, sólo a la luz de la salvación que Cristo trae descubre a qué está llamado y, por consiguiente, quién es: "Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación" (GS 22).

²⁸ En referencia a la conducta o a la personalidad.

²⁹ Término técnico de origen patristico y medieval con el que suelen designarse los elementos del acto de fe. **Fides qua** indica el acto mismo con que el creyente, bajo la acción de la gracia, confía en Dios que se revela y asume el contenido de la revelación como verdadero.

A partir de esta relación dinámica entre fe y caridad (St 2, 14-16), se puede reflexionar sobre el obrar de la Iglesia, desde sus inicios, en cuanto a su interés legítimo por el sufrimiento humano y por vivir la caridad con y para el prójimo. Y es que la Iglesia, ha sido desde siempre, para la fe y la caridad de los hermanos. Así lo confirma el libro de los hechos de los Apóstoles en el capítulo 2, al manifestar que todos los que creían estaban juntos (en el mismo sitio); y tenían todas las cosas comunes (*koina*)³⁰; vendían las posesiones, y las haciendas, y las repartían a todos, según la necesidad de cada uno.

A primera vista, se podría pensar en un simple comunismo del primer siglo. Pero, sabemos que el comunismo moderno es un sistema que funciona de arriba a abajo y que fuerza a la gente a vivir en situaciones comunitarias sin darle importancia a sus preferencias. En cambio, esta comunidad del primer siglo es una comunidad voluntaria, no requerida ni forzada, ya que estos creyentes seguían siendo dueños de posesiones y bienes, y las vendían según las necesidades que se presentaban. Por su parte, en la historia de Ananías y Safira (Hechos 5, 1-11), Pedro les riñó por guardarse parte de las ganancias de la venta de su propiedad.

Dicho compartir (*koina*) se hacía una y otra vez, sin duda, lo hacían por algunos creyentes que estaban muy necesitados. En aquel entonces, la comunidad de creyentes sobrepasaba las tres mil personas. En cualquier comunidad de ese tamaño siempre hay unos que se enferman o mueren y otros que sufren en circunstancias difíciles. Vemos entonces como está comunidad naciente, esta Iglesia de Jesucristo tiene muchas necesidades.

Pero el detalle está en que cada problema, circunstancia o adversidad la sobrellevan y la superan guiados por la fe vivida desde la caridad hacia Dios, manifestada en la alabanza; y hacia el prójimo, manifestada en la sincera preocupación por su bienestar y su crecimiento en la fe. Tradicionalmente, el pueblo judío distribuía comida a los necesitados. Por eso, estos cristianos, creyentes convencidos, siguen la tradición y ayudan a los necesitados. La diferencia con el pueblo judío es que no lo hacen como un simple

Fides quae indica el contenido de la fe que es aceptado por el creyente, las diversas verdades de fe que son acogidas o creídas como una sola cosa, en un solo acto. No hay separación entre fides qua y fides quae; en efecto, los dos términos quieren especificar los diversos momentos de un acto único.

³⁰ Koina del griego Koinonia: comunión

gesto externo de caridad, sino bajo su firme convicción, en base a su verdadera unión y con una verdadera disposición para sacrificarse por los demás.

En un segundo momento, esta comunidad de los primeros cristianos, nos muestra ese giro radical que da un verdadero valor a las necesidades y al sufrimiento. Las necesidades y los problemas trascienden hasta alcanzar un clima de alegría y alabanza:

Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo (Hch 2, 44-47).

El Evangelista Lucas nos enseña que esta temprana iglesia que creció tan rápidamente no se dedicó al cristianismo, es decir, no se dedicó a buscar y llenarse de adeptos que cumplan con el compromiso cristiano, sino que su único afán era la predicación y vivir en comunión, la alabanza y las obras de caridad, esa fue la clave de dicho giro radical, el dar a conocer que la fe puede alcanzar cosas inauditas plasmadas en la caridad, teniendo siempre presente la fuente y cumbre de la vida, la Eucaristía.

Finalmente, nos enseña que dicha fe trasciende toda realidad humana, para llevarla a una realidad divina, solo así, toda suerte de sufrimiento, tendrá sentido y valor. En la actualidad, el cristiano debe dejarse interpelar por este testimonio auténtico de la primera comunidad cristiana y, guiado por el Espíritu de Dios, abrirse a vivir su fe en la comunión con el otro para vivir la caridad. Debe dejarse orientar por los principios de la fe, mediante la cual nos adherimos al «punto de vista de Dios», y a su proyecto sobre nosotros (Caritas in Veritate, 1). Para que así, con una nueva mirada sobre el mundo y sobre el hombre, ofrecida por la fe, proporcione también el criterio correcto de valoración, en el contexto actual, de las expresiones de caridad.

El amor verdadero, a medida del amor divino, exige la verdad y, en la mirada común de la verdad, que es Jesucristo, adquiere firmeza y profundidad. En esto consiste también el gozo de creer, en la unidad de visión en un solo cuerpo y en un solo espíritu. En este sentido san León Magno decía: « Si la fe no es una, no es fe » (Lumen Fidei 47).

3.1.2. El sentido de la antropología cristiana: la civilización del Amor

Han de ser, pues, personas movidas ante todo por el amor de Cristo, personas cuyo corazón ha sido conquistado por Cristo con su amor, despertando en ellos el amor al prójimo. El criterio inspirador de su actuación debería ser lo que se dice en la *Segunda carta a los Corintios*: «Nos apremia el amor de Cristo» (5, 14). (Deus Caritas est 33)

Fue en la década de los 60 que, viendo las diferencias económicas, sociales y culturales entre los pueblos, el gran papa Pablo VI pide que los hombres emprendan un camino hacia mejores sentimientos de humanidad. Surge así entonces el ideal de la “civilización del amor”. Un ideal cristiano que evoca la construcción de una sociedad perfecta. Teniendo en cuenta la virtud de la caridad, del amor.

Pero amor entendido no como una mera atracción bioquímica o un incontrolable sentimiento romántico, sino como un acto espiritual: la voluntad firme y perseverante de hacer el bien a la persona amada. La llamada a ser la «civilización del amor» surge por la constante que en todas las épocas, se ha presentado, cuando el hombre se ha alejado del proyecto de Dios y ha sido víctima de las tentaciones culturales que han terminado por convertirlo en un esclavo dando origen a crisis, desigualdades y miseria (GS 53).

La conciencia de que, en Jesucristo, Dios mismo se ha entregado por nosotros hasta la muerte, tiene que llevarnos a vivir no ya para nosotros mismos, sino para Él y, con Él, para los demás (Fil 1, 21). Quien ama a Cristo ama a la Iglesia y quiere que ésta sea cada vez más expresión e instrumento del amor que proviene de Él, con el fin de que el amor de Dios se difunda en el mundo. Así, su participación en el servicio de amor de la Iglesia, es activa y le impulsa a desear ser testigo de Dios y de Cristo y, precisamente por eso, hacer el bien desde la gratuidad de su corazón. «*La predicación evangélica nace de la gratuidad, del estupor de la salvación que llega; y eso que he recibido gratuitamente, debo darlo gratuitamente*» (Francisco, 2013).

Por ello, la Iglesia y más concretamente, cada cristiano, está llamado a continuar este camino de construir la «civilización del amor». El documento magisterial sobre la *Doctrina social de la Iglesia*, en el numeral 580, nos dirá que el principio de la solidaridad, en cierta medida, comprende todos los demás principios y constituye uno de los principios básicos de la concepción cristiana de la organización social y política. Este principio está iluminado por la caridad que es signo distintivo de los discípulos de Cristo (Jn 13,35), ya que Jesús nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, y, por tanto, de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor. (Mt 22,40; Jn 15,12). Mandamiento que tiene su origen en el encuentro con Cristo, en su carta encíclica *Deus Caritas est*, Benedicto XVI dirá que:

No se comienza a ser cristiano como fruto de una decisión ética o de una gran idea, sino por el encuentro con una Persona –Jesús de Nazaret– que abre un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva (*Deus Caritas est* 1).

Y es esa orientación decisiva que impregna el comportamiento del creyente, haciéndolo plenamente humano porque nace del amor, manifiesta el amor y está ordenado al amor. Es necesario que los cristianos sean testigos profundamente convencidos de su fe y sepan mostrar, con sus vidas, que el amor es la única fuerza que puede conducir a la perfección personal y social y mover la historia hacia el bien y, por tanto, a darle un auténtico sentido al sufrimiento del prójimo e incluso del sufrimiento de cada uno.

Para plasmar una sociedad más humana, más digna de la persona, es necesario revalorizar el amor en la vida social —a nivel político, económico, cultural—, haciéndolo la norma constante y suprema de la acción.

«El cristiano sabe que el amor es el motivo por el cual Dios entra en relación con el hombre. Es también el amor lo que Él espera como respuesta del hombre. Por eso el amor es la forma más alta y más noble de relación de los seres humanos entre sí. Sólo una humanidad en la que reine la “civilización del amor” podrá gozar de una paz auténtica y duradera» (DSI 582).

Entonces podemos decir que sólo la caridad puede cambiar completamente al hombre y dicho cambio, marca también el cambio de su sufrimiento, cambio que no significa anular la dimensión terrena en una espiritualidad desencarnada, sino que inspira una vida de entrega de sí mismo: “*Quien intente guardar su vida la perderá; y quien la pierda la conservará*” (Lc 17,33). Una vida que se ofrece totalmente y se abandona en las manos de su Creador y Señor, una vida que ha alcanzado la madurez de su fe.

Por otro lado, sabemos que el ser humano no es ni individuo independiente ni elemento anónimo en la colectividad, sino más bien persona singular e irrepetible. Sabemos también que existen formas correctas y formas equivocadas de vivir el dolor y el sufrimiento. Entonces una actitud equivocada es aquella que el hombre, creación de Dios, ser único por naturaleza, asuma su dolor y sufrimiento de forma pasiva y egoísta, dejándose llevar con inercia y resignación.

Jesús, el hombre nuevo, Dios hecho hombre, asume su vida directamente; trata siempre de ver las cosas como son, haciendo juicios objetivos en base a hechos reales. Puede salir de sí al encuentro de los demás, está abierto a los demás desde la fe. No necesita ser dominante; su misma fuerza e integridad interiores le permite dejar que los demás sean ellos mismos. Actúa con un propósito y un rumbo definido. Es valiente y tenaz, no sólo para dominar el mundo exterior; también para atravesar la noche oscura del alma (Lc 22, 42), enfrentarse al mundo interior o luchar contra las fuerzas del mal se requiere valor, fortaleza, paciencia y persistencia (Mt 4, 1-11).

Aquella fuerza interior del valor que es la tenacidad es cualidad esencial del hombre nuevo, Jesucristo, quien nos enseña a vivir nuestra humanidad, tiene la humildad de reconocer que para ser íntegro se necesita del amor, el afecto y la comprensión y nos enseña a vivir el dolor aceptando la realidad de la vida con confianza y esperanza, colocando el amor de Dios y del prójimo también en el sufrimiento, ya que el amor transforma cada cosa, así definitivamente la fe vivida desde caridad transfigura el sufrimiento.

Prueba de ello son aquellos cristianos que, a través de los siglos, son ejemplo de cómo vivir cristianamente la vida, buscando los bienes terrenos sin perder de vista los valores celestiales, orando por los perseguidores e irradiando la alegría del Resucitado. Aquellos que dieron testimonio de su fe en el Evangelio, sobre el calvario de la enfermedad o entre las otras cruces cotidianas y que supieron ser siempre testimonio de fidelidad y amor a Cristo y su Iglesia: los santos mártires. San Juan Pablo II dirá:

"Un signo de perenne testimonio del amor a Cristo y a la Iglesia, prueba elocuente de la verdad de la fe, y de la verdad del amor cristiano es la memoria de los mártires. El mártir, sobre todo en nuestros días, es signo del amor más grande que compendia todo otro valor" (Incarnationis mysterium, 13)

3.2.El misterio del sufrimiento en los santos: auténticos testigos de la fe

3.2.1. La perspectiva del sufrimiento de los mártires de ayer y de hoy.

...pido que comunicuéis estas noticias para que en todas partes las comunidades cristianas puedan ser preparadas para la lucha espiritual, a fin de que todos y cada uno de los nuestros piensen más en la inmortalidad que en la muerte y se ofrezcan al Señor con fe plena y fortaleza de ánimo, con más alegría que temor por el martirio que se avecina, sabiendo que los soldados de Dios y Cristo no son destruidos, sino coronados" (Cipriano, 258).

A la luz del testimonio de los primeros cristianos, que vivieron en medio de sufrimientos, persecución y martirio, a causa de su fe en Cristo, podemos hablar de ellos como los auténticos testigos de la fe que amaron hasta el extremo. Testigos veraces de una fe que apenas había conocido sus cimientos, pero que tenía marcada una total convicción de saber que era una fe verdadera, una verdad absoluta e innegable, dada por Dios, como Palabra encarnada, Dios mismo hecho hombre que se revela como plenitud de salvación. Y es en el marco de esta fe sólida y auténtica que, dichos testigos confirman que el sufrimiento puede tener un sentido y un valor, ellos trascendieron su sufrimiento, le dieron un sentido y un propósito y así, alcanzaron la verdadera vida.

Es aquí donde la fe comienza a trascender, se descubre que el sufrimiento no es la última palabra sobre el sentido de la existencia humana, el milagro de la fe todavía es mayor, aunque la muerte tenga la apariencia de un sinsentido total, la fe vence a la muerte, vence por ese gran amor que no pide explicaciones, por ese *“amor de fe, que no es otra cosa que la experiencia teologal del sufrimiento, experiencia que se sintetiza en la soberanía del amor creador de Dios”* (Garrido, 2000, pág. 245).

Ahora bien, las palabras persecución y martirio evocan la idea de sangre y suplicio, pero esta reflexión no se trata sobre ese enfoque, por el contrario, partimos de la primera definición del término mártir que nace de la palabra griega testigo. Entonces, el mártir, en nuestro contexto religioso, no es otro que aquel que atestigua su fe en Jesús como su único Señor, es aquel que no busca ser perseguido, pero que cuando llega el momento, da testimonio hasta el fin, siguiendo a Jesús incluso en su pasión y muerte. Es así que el mártir se identifica con Jesús, no solo en su pasión y muerte sino, y fundamentalmente, en su resurrección: *“Dios lo resucitó de entre los muertos de manera que nunca más pueda morir”* (Hch 13, 24).

Son múltiples las fuentes y los relatos históricos que confirman las persecuciones vividas por los primeros cristianos. Encontramos así, los relatos de historiadores no cristianos como Tácito, Luciano o Plinio y las «Actas de los Mártires», una de las primeras es la condena de Cipriano de Cartago. Por estos relatos conocemos y constatamos que el testimonio, de los primeros cristianos, fue un hecho real y verídico, sus vidas han sido luz y horizonte de esperanza para tantos cristianos, que incluso hasta hoy, viven en persecución y sufrimiento.

Nerón subyugó a los reos; por sus ofensas, el pueblo, que los odiaba, los llamaba “cristianos”, nombre que toman de un tal Cristo, que en época de Tiberio fue ajusticiado por Poncio Pilato; reprimida por el momento, la fatal superstición irrumpió de nuevo, no sólo en Judea, sino también en Roma. (Anales 15:44:2-3)³¹

Estos testigos de la fe, fueron cristianos conquistados por Cristo, discípulos que han experimentado bien el sentido de aquel «amar hasta el extremo» que llevó al mismo Jesús a la Cruz. Ellos nos enseñan que no existe el amor racionado, sino que exhortan al cristiano de hoy, a vivir el amor total, el amor hasta el extremo, hasta entregar la vida, y no solo eso, sino que al igual que Jesús, llevarlo más allá todavía y trascender el sufrimiento a través del amor. En la Cruz, Jesús sintió el peso de la muerte y del pecado,

³¹ Cornelio Tácito (c. 55 – 120) fue un historiador, senador, cónsul y gobernador del Imperio romano.

pero se confió enteramente al Padre y a su voluntad. Cristo ha sido el primer testigo del Martirio y del Amor; es quien le ha dado sentido al sufrimiento y por ello, los mártires lo han imitado en el amor hasta el final.

Quizá en ese entonces, todo esto llegó a tener la forma de una extrema locura, de un acto sin sentido y sin trascendencia, así lo expresa san Pablo al referirse a la muerte y resurrección de Jesús, “*nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; más para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios*” (1Co 1, 23-24).

De la misma manera, Luciano³², escritor griego, a través de sus relatos, presenta a los cristianos como ingenuos³³ por creer en la vida eterna y seguir la doctrina de Jesús. En los relatos de Luciano no solo se expresa lo ilógico de la fe cristiana, sino que también revela la firme convicción de estos testigos de Cristo y su propósito de llevar su fe hasta las últimas consecuencias.

A causa de ese testimonio de los testigos de Jesucristo, muchos hombres y mujeres seguirán los pasos y las enseñanzas del Maestro, y así, con raíces bien cimentadas, se empezará a propagar las enseñanzas del Reino de Dios en distintos lugares. Los fieles seguidores de Cristo difundieron la noticia de que su Señor había vencido a la muerte, había resucitado y luego había subido a los cielos, sin temor a arriesgar la vida y derramar su sangre, hecho que para un cristiano resulta loable y que la Iglesia lo considera como semilla de nuevos cristianos en el mundo.

El que sufre persecución por su compromiso con Cristo, presente en los hombres, no sufre en vano. Ya había dicho Jesús que la semilla de trigo necesita caer en tierra y podrirse para poder fructificar (Jn 12, 24-26). (Caravias, 2006, pág. 155)

³² Luciano de Samosata, es un sirio nacido en el año 125. De origen humilde, fue escultor y abogado y se dedicó luego a recorrer mundo dando conferencias. En el 163 se estableció en Atenas hasta su muerte 192. Imitado por Erasmo y muy leído por los renacentistas, Luciano de Samosata es un gran crítico y el creador del diálogo satírico. En su obra "Sobre la muerte de Peregrino" alude a Jesús con estas palabras: *...el hombre que fue crucificado en Palestina por haber introducido este nuevo culto en el mundo...Aun mas, les persuadió de que todos ellos eran hermanos unos de otros, después de haber transgredido de una vez por todas negando los dioses griegos y adorando a aquel sofista crucificado y viviendo bajo sus leyes.*

³³ Estos desgraciados están convencidos ante todo de que son inmortales y de que van a vivir eternamente. Por tanto, desprecian la muerte que muchos arrostran voluntariamente. Su primer legislador les convenció de que todos eran hermanos. Después de abjurar de los dioses de Grecia, adoran a su sofista crucificado y conforman su vida a sus preceptos.

La primera comunidad cristiana tuvo que enfrentar un difícil proceso de conversión al Crucificado, porque tuvieron que sufrir las peores persecuciones, para continuar la Pasión de Cristo. Proceso que dio lugar a un lenguaje único y principal, el lenguaje de la Pasión.

Un lenguaje que no se centra en la muerte sino en la vida, la solidaridad y el amor, porque al igual que Jesús, los mártires mueren luchando por un reino de felicidad y dando a conocer que el Reino ya estaba instaurado en el mundo. “*«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora lo conocéis y lo habéis visto.»*” (Jn 14, 6-7).

Entonces, en base al testimonio de los santos mártires, podemos decir que el amor es la fuente más rica para asumir y dar sentido al sufrimiento, más que para comprenderlo en su totalidad. Luego de tratar y entender el proceso del martirio que vivieron los primeros cristianos, ahora es importante señalar un hecho crucial en el camino de los santos mártires, y es el apoyo incondicional de la comunidad cristiana (Iglesia). Relatos históricos, como los que están plasmados en la Didascalia³⁴, revelan que en tiempos de persecución, la Iglesia por medio de sus autoridades, sostenían las necesidades materiales y espirituales de los testigos y confesores de la fe encarcelados y perseguidos, que habían huido dejándolo todo ante el temor de apostatar o a aquellos a quienes se les había confiscado sus bienes por ser católicos. Por ello dice el escrito:

Si alguno de los fieles por el nombre de Dios o por la Fe o por la Caridad fuese enviado al fuego no queráis apartar de Él los ojos... procurad suministrarle, por medio de vuestro obispo, socorros, alivios y alimento... el que sea pobre ayune y dé a los mártires lo que ahorre con su ayuno... porque son dignos de Dios: han cumplido en absoluto con aquello del Señor: «A todo el que confesare mi nombre delante de los hombres, lo confesaré yo delante de mi Padre» (Tertuliano, 197).

Este caminar juntos, en medio de las adversidades, el ser compañía en momentos tan difíciles como en el sufrimiento y en la muerte es un rasgo propio y único de esta Iglesia primitiva. Veíamos en el apartado anterior cómo los creyentes vivían unidos y tenían todo en común, se repartían todo según la necesidad de cada uno y con un mismo

³⁴ La **Didascalia** de los apóstoles (Didascalia apostolorum) es el nombre de una obra de la literatura cristiana del siglo III, escrita en siríaco, emparentada por su contenido con las llamadas Constituciones apostólicas y la Didaché. No se sabe nada de su autor. Trata principalmente de los deberes de los obispos, del rito de ordenación de los diáconos, de los trabajos encomendados a las diaconisas y los auxilios a dar a cristianos en dificultad. También aborda temas doctrinales como la resurrección, la Pascua, el bautismo y el perdón de los pecados.

espíritu, partían el pan, alababan a Dios y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Con ese mismo espíritu caminaban juntos en medio de las angustias y persecuciones, eran verdaderamente un signo de fraternidad, eran verdaderamente la Iglesia que Jesús quería, una Iglesia que contemplada con los ojos de la fe deja ver la presencia del Espíritu (Hch 2, 1-4) como la clave de su vida comunitaria. *“El Espíritu es la luz para la comunidad, es la fuerza, es la guía, el Espíritu crea la comunidad e inspira su vida de fe”* (Vitoria, 2013). Es el Espíritu que nos fortalece, en palabras de H. Kushner:

Nadie jamás prometió una vida exenta de dolores y decepciones. Lo máximo que se nos prometió fue que no estaríamos solos en nuestro dolor, y que podríamos recurrir a una fuente externa a nosotros para obtener la fortaleza y el valor que necesitaríamos para superar las tragedias y las injusticias de la vida (When Bad Things Happen to Good People, pág. 59).

Sabemos con certeza que no hay crecimiento sin el Espíritu, y es el mismo Espíritu quien hace crecer a la Iglesia y quien inspira una fe tan pura y radical como para darlo todo, incluso hasta la vida, antes que negarlo. Por ello, dicho crecimiento no se puede dar en su totalidad sin el testimonio del cristiano, es la misma acción del creyente que hace que su testimonio sea verdadero y es verdadero cuando no condiciona, cuando es decidido y tiene una firme convicción.

Cuando las circunstancias históricas nos piden un testimonio fuerte, allí están los mártires: los más grandes testigos. «Ésta es la belleza del martirio: comienza con el testimonio, día tras día, y puede acabar con la sangre, como Jesús, el primer mártir, el primer testigo fiel (Francisco, Hoy en día hay más martires cristianos, 2014).

Es así, que en el martirio se presenta una confrontación, entre el bien y el mal, entre el odio y el perdón, entre la fidelidad y la violencia, que tuvo su culmen en la Cruz de Cristo. Y por ello, ahora, la Iglesia en la liturgia nos conduce al sentido auténtico de la Encarnación, recordándonos que la salvación divina pasa a través de la puerta estrecha de la Cruz. Éste es el camino que Jesús indicó claramente a sus discípulos: «Seréis odiados por todos a causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el final, se salvará» (Mt 10, 22). Por ello la Iglesia, como sacramento de fraternidad universal, siempre reza de modo especial por los cristianos que sufren discriminaciones y todo tipo de violencia a causa del testimonio dado por Cristo y el Evangelio.

Desde todos los tiempos, la Iglesia ha asumido con total seriedad y entrega uno de los artículos de nuestra fe: creemos en la comunión de los santos, creemos que el Señor acoge sin distinción alguna, a aquellos que han vivido en Cristo y han ganado la vida muriendo a causa de su nombre. Negar esta realidad sería negar el don de Dios en la

sangre derramada por causa de su Hijo único. Creer en la comunión de los santos no es simplemente agradecer al Señor por su testimonio sino que es la misma acción de la Iglesia de orar al Señor para que este recuerdo conduzca a todo cristiano y lo anime a comprometerse a vivir en unidad, en comunión, como hermanos en un permanente estar en Cristo (Cassidy, pág. 97).

El martirio marco todas las épocas de la historia cristiana. Y esta dimensión martirial de toda vida cristiana se acentúa notablemente en nuestro tiempo. Tanto el siglo XX como el siglo en el que vivimos (s. XXI), tristemente se han destacado como siglos de los mártires. En la celebración ecuménica jubilar de «Los testigos de la fe en el siglo XX», precedida por san Juan Pablo II dijo:

La experiencia de los mártires y de los testigos de la fe no es característica sólo de la Iglesia de los primeros tiempos, sino que marca también todas las épocas. En el siglo XX, tal vez más que en el primer período del cristianismo, son muchos los que dieron testimonio de la fe con sufrimientos a menudo heroicos. Cuántos cristianos, en todos los continentes, pagaron su amor a Cristo también derramando su sangre. Sufriendo de tantos modos, ellos manifestaron admirablemente su adhesión a Cristo muerto y resucitado... (7-V-2000).

Es verdad que en nuestro tiempo ha habido un número exorbitante de mártires. Pero al mismo tiempo es también verdad que hoy, como siempre, no es posible a los cristianos ser fieles a Cristo y a su Iglesia sin ser mártires. Juan Pablo II trata con cierta amplitud del martirio en la encíclica *Veritatis splendor*, y exhorta a todo cristiano a guardar fidelidad a Cristo, cuando se ve en la prueba extrema del martirio.

«Si el martirio es el testimonio culminante de la verdad moral existe no obstante un testimonio de coherencia que todos los cristianos deben estar dispuestos a dar cada día, incluso a costa de sufrimientos y de grandes sacrificios... el cristiano, implorando con su oración la gracia de Dios, está llamado a una entrega a veces heroica» (*Veritatis Splendor* 93).

Uno de tantos casos de martirio en nuestro tiempo es el de los mártires de Tibhirine. Siete monjes trapenses del monasterio de Nuestra Señora del Atlas en Tibhirine (Argelia), fueron brutalmente asesinados. Eran franceses y se dedicaban a la oración y al trabajo en los campos. Luego de impulsar fuertemente el diálogo entre cristianos y musulmanes, los grupos extremistas de la guerrilla exigieron su salida del país, pero ellos se negaron por fidelidad a la gente del lugar, que los apreciaba y los quería. A causa de ello, fueron secuestrados y decapitados. Fueron un ejemplo frente a lo que hoy es el dramático choque entre opuestos fundamentalismos sea del Islam como de occidente.

Entonces, podemos decir a manera de conclusión, de este apartado, que el martirio es la prueba suprema del seguimiento radical y absoluto de Cristo. En todas las comunidades cristianas el Espíritu Santo ha concedido la gracia del martirio. Hombres y mujeres que han perdido sus vidas en nombre de Cristo ya están en plena comunión, porque han encontrado el culmen de la vida de la gracia. En el martirio la violencia es vencida por el amor; la muerte por la vida.

Dejadme que sea entregado a las fieras, puesto que por ellas puedo llegar a Dios. Soy el trigo de Dios, y soy molido por las dentelladas de las fieras, para que pueda ser hallado pan puro. Y así, cuando pase a dormir, no seré una carga para nadie. Entonces seré un verdadero discípulo de Jesucristo. (Epístolas de San Ignacio a los Romanos)

3.2.2. *El Dios que sufre con su pueblo.*

La Iglesia ve en el sacrificio de los mártires su «nacimiento al cielo», y encuentra una seria inspiración en el amor y en la entrega de los mártires para así prepararse y continuar su camino en medio de las vicisitudes de este mundo. El sufrimiento, la muerte y el dolor, toman un nuevo rostro, y frente a esto, surge una acción misionera de revelar a un Dios cercano que acompaña a su Iglesia en toda circunstancia, y que incluso, por ese amor extremo, infinito y gratuito, ha dado a su propio Hijo para rescatarnos y darnos su salvación, para darnos el magnífico don de la vida eterna, como horizonte escatológico que plenifica a todo hombre.

Dios nos acompaña, sufre con nosotros. Adonde vaya Cristo, con él va el Padre. En el abandono de Cristo, Dios se abandona a sí mismo y está en Cristo para convertirse en Dios y Padre de los abandonados. La pregunta sobre el por qué y el cómo del sufrimiento se convierte en una pregunta por el dónde: ¿dónde está Dios? La respuesta es: en Cristo (Moltmann J. , 1997).

En Cristo, aquel Dios invisible pero cercano del que el Antiguo Testamento hablaba, se hace visible para que, de una manera plena y eficaz, el pueblo sienta la cercanía y el amor del Padre. Así, lo afirma la Carta a los Hebreos: “*Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo*” (Hb 1,1). Los temas de la perfección y el sufrimiento se entrecruzan a lo largo del desarrollo de esta carta anunciando claramente, desde el principio, que Jesús, pionero de la salvación, alcanzó la perfección a través del sufrimiento y este hecho es el que proporciona un marco al discipulado cristiano:

Convenía en verdad que Aquel por quien es todo y para quien es todo, llevara muchos hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al que iba a guiarlos a la salvación (Hb 2,10).

Dios procura ante todo para nosotros la salvación, por ello nos cuida de un modo especial, aun sin obstruir o anular nuestra libertad. Con su providencia amorosa Dios deja que actúe la naturaleza del mundo y la naturaleza corporal de las personas, no tanto para librarnos de los males y sufrimientos naturales y temporales, sino para conducirnos hacia el bien infinito que es él. Dios actúa tan sigilosa como eficazmente, porque él todo lo tiene bajo su control para nuestro bien. *“Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él (Jn 3, 17)”*. (Galindo, pág. 29).

Es así que Dios convierte toda suerte de negatividad en camino de salvación. No nos salva mágicamente del sufrimiento, sino que nos salva en el sufrimiento. Así, de Jesús se afirma que *“sufriendo aprendió a obedecer y, así consumado, se convirtió en causa de salvación”* (Hb 5,9). Este es también nuestro camino. *“Hay una manera de sufrir que contribuye a que crezcamos como hijos, a que nos abramos a la acción de Dios en la actitud de receptividad propia del hijo que todo lo espera de su Padre”* (Murga, 2015).

En nuestro tiempo, la idea de que Dios es el origen y el causante del sufrimiento, está supremamente arraigada en las personas, sean creyentes o no. Es una idea que se debe matizar, ya que si eso fuese real, estaríamos hablando de un Dios sádico, que se complace en el sufrimiento de su pueblo. Ahora bien, es importante señalar que como Padre, Dios nos corrige y nos prueba, si es necesario, pero lo hace con amor (Eclo 2, 1-6). Y esto, es lo que muchas veces desde nuestra óptica humana vemos como castigo de Dios.

Por el contrario, *hay que arrancar el imaginario religioso de la gente la idea de un Dios que castiga, nunca un mal puede ser objeto directo de la voluntad de Dios* (Galindo, pág. 35). Como ya hemos visto anteriormente, el sufrimiento tiene su origen en el mal. Y es frente a ese mal que Dios reacciona y no solo lo rechaza, sino que acompaña a su pueblo en su lucha contra el sufrimiento ocasionado por el mal. Retomando entonces, la carta a los Hebreos, se plantea la imagen de la mano de Dios que prueba con sufrimientos y situaciones dolorosas a su pueblo para que así sean partícipes de su santidad:

Sufrís para corrección vuestra, pues Dios os trata como a hijos. ¿Conocéis acaso algún hijo a quien su padre no corrija? Además, teníamos a nuestros padres terrestres, que nos corregían, y les respetábamos. ¿No nos someteremos mejor al Padre de los espíritus para vivir? Más él lo hace para provecho nuestro, y para hacernos partícipes de su santidad. (Hb 12, 7-10).

El magisterio del papa Benedicto XVI, tuvo un papel importante en la llamada a conocer al Dios *Abba*: (Rm 8, 15), un Padre cercano, de relación personal que ama y perdona, que se interesa por la suerte de sus criaturas, un Dios que siempre está a nuestro lado. Y está como un Padre amoroso ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo y perdonando. Dios corrige al que ama, más no quiere que suframos porque ¿acaso quiere un padre que su hijo sufra?

La respuesta más acertada es un no imperativo. Y es que Dios Padre se entrega a la humanidad y se hace compañero de camino (Lc 24, 15). Dios se ha hecho hombre para que nosotros pudiéramos más fácilmente acogerlo y amarlo ya que Dios es Amor. Al vaciarse a sí mismo, la cercanía total de Dios se hace visible en Jesucristo y en su cruz, presente entre las innumerables cruces que bordean el camino del poder y la violencia, desde las masacres de los primeros siglos, pasando por los campos de exterminio (Auschwitz), hasta los hambrientos y desaparecidos de nuestra Latinoamérica.

Los sufrimientos de Cristo no son exclusivamente sus sufrimientos, sino también inclusivamente los nuestros. Su cruz está entre nuestras cruces como señal de que Dios participa de nuestro sufrimiento. Los innumerables y anónimos seres humanos perseguidos o torturados son sus hermanas y hermanos. Esta fue la experiencia de Mons. Romero en El Salvador: “*En los crucificados de la historia se le presentó el Dios Crucificado... En los ojos de los pobres y oprimidos de su pueblo vio el rostro desfigurado de Dios*” (Sobrino, 1990).

Y en este mundo, en el que Dios podría aparecer ausente o alejado, desentendido de la humanidad, los cristianos estamos llamados, ahora y más que nunca, a dar a conocer y a enseñar a amar al «Dios cercano». *La cercanía de Dios necesariamente alimenta la cercanía con los hombres, provoca la disponibilidad con los hermanos y una vida entendida como una tarea solidaria y gozosa.* (Caritas in Veritate 78).

El Dios de Jesucristo es el Dios solidario con los que sufren. Pero esta es una realidad que muchos la ignoran. Con frecuencia, el que sufre cree que ha sido abandonado por Dios. No sabe que, si clama a Dios en su dolor, puede descubrir que con ello junta su

voz al grito de Cristo en su muerte, y así descubre al Dios sufriente que entiende por lo que está pasando. Entonces solo así, para el que sufre:

...Dios ya no es aquella fría y lejana fuerza del destino, sino la cercanía del Dios humano que grita con nosotros y en nosotros. No sabemos por qué Dios permite el sufrimiento. Y, si lo supiéramos, no nos ayudaría para vivir. Pero si descubrimos dónde está Dios y lo sentimos presente en nuestro sufrimiento, habremos dado con la fuente de la que renace la vida. (Moltmann J. , 1992)

Como último detalle, cabe señalar que al hablar en conjunto de asumir el sufrimiento por Amor, no se evoca una situación de búsqueda premeditada de sufrimiento. Ya que eso sería absurdo y a la vez, iría en contra de la lógica del valor salvífico del sufrimiento. Simplemente se trata de asumirlo cuando llegue y sólo ahí, darle valor y sentido.

3.3. La acción de la Iglesia frente al sufrimiento

3.3.1. Acompañar a los que sufren.

"Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis..." (Mt 25,34-35)

Siguiendo el ejemplo de Jesucristo y sus enseñanzas sobre vivir el Reino desde nuestro ahora, la tarea apostólica del cristiano consiste precisamente en dar a conocer, a los demás, a Jesús en medio de su diario vivir. Para que así, encuentren a Dios y apoyados en su gracia, toda experiencia de debilidad, contratiempos y cansancio, hagan de ellos personas más realistas, más humildes, más comprensivos, más hermanos de los demás. Benedicto XVI, en su carta encíclica *Caritas in Veritate* manifiesta que, *vivir en esa amistad con Dios es el modo de transformar los «corazones de piedra» en «corazones de carne» (Ez 36, 26), haciendo la vida terrena más «divina» y, por tanto, más digna del hombre (Caritas in Veritate 79).*

El amor de Dios nos invita a salir de nuestras comodidades y limitaciones, nos da la fortaleza necesaria para trabajar y buscar el bien de todos, pero de manera especial de aquellos que sufren. El amor nos mueve a compadecernos de los que sufren y hacer lo posible por invalidar los males que causan sufrimientos como la injusticia, la pobreza y la enfermedad. Es ese amor el que nos llama a vivir el apostolado del sufrimiento. Donde no hay nada más valioso y que de más fruto que el sufrimiento entregado al Padre unido

al de Jesús. Porque la mayor prueba del amor se da cuando se sufre por el amado. San Juan Pablo II, hablando del sufrimiento manifestaba que:

Los que sufren están en el mismo centro del Evangelio. Predicamos a Cristo crucificado, lo que significa que predicamos una fuerza que surge de la debilidad. Cuando los enfermos están unidos con Cristo, la fuerza de Dios entra en sus vidas. Es posible que la experiencia del sufrimiento desanime a mucha gente, pero en las vidas de otros puede crear una nueva profundidad de humanidad. El camino para comprender este misterio es nuestra fe. (Juan Pablo II, 1998)

La Iglesia ha vivido desde siempre, una fe encarnada en el apostolado del sufrimiento. Es un apostolado abierto a todo quien tenga fe y amor. "*Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia*" (Col 1,24). Y es que la Iglesia, siguiendo los pasos de Jesucristo, ha tenido una predilección por los débiles y los que sufren. De hecho, ya en la Liturgia encontramos la oración por y con los que sufren, existe toda una organización increíble de pastoral de la salud, tanto física como espiritual, para acompañar de una manera integral, en todas sus dimensiones, la vida humana.

Uno de tantos testimonios, de los más veraces y excepcionales de este apostolado es la praxis del *Hospice*. Los hospices (Vida plena), nacen del carisma de los testigos de la caridad a los enfermos y necesitados, los religiosos camilos. Ellos ofrece servicios integrales de salud, los hospices son equipos de profesionales compuestos por personas comprometidas con la excelencia y la práctica ética marcada por el respeto al ser humano en su totalidad, con el único propósito de ayudar al paciente a redescubrir el sentido de su vida y de su sufrimiento y así alcanzar una vida plena.

Atendiendo las necesidades físicas, mentales, emocionales, sociales y espirituales tanto del paciente como de la familia y los de su ecosistema viviente, ayudan y asisten a cada persona a que viva la vida a su plenitud hasta el último momento pero siempre respetando los valores, creencias y sus preferencias ideológicas. Su vocación es servir con excelencia y con amor a fin de ayudar a los pacientes y familiares a vivir y morir bien. Siempre en sintonía con el mensaje de san Juan Pablo II, en su carta encíclica *Evangelium vitae* (1995):

El hombre está llamado a una plenitud de vida que va más allá de las dimensiones de su existencia terrena, ya que consiste en la participación de la vida misma de Dios. Lo sublime de esta vocación sobrenatural manifiesta la grandeza y el valor de la vida humana (n.2).

Así, la diversidad de carismas (1Co 12, 4), en la Iglesia, han hecho que la acción redentora de la Cruz de Cristo siga manifestándose de manera plena en la vida de toda persona que necesita de un sentido en su existir. Benedicto XVI al hablar del tema, expresaba que los agentes de salud cristianos deben convertirse en una caricia de Dios para sus hermanos que están pasando momentos de enfermedad y sufrimiento. La atención a los enfermos es una dimensión esencial de la evangelización: “*Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, expulsad a los demonios; gratis lo recibisteis, dadlo gratis*” (Mt 10, 8).

La pastoral de la salud siempre ha formado parte de la vida de las comunidades eclesiales como lo confirman la multitud de iniciativas de servicio y atención a los enfermos que han surgido en la historia de la Iglesia. Dicha acción engloba dimensiones de la vida de la Iglesia como en la evangelización y catequesis, en la celebración litúrgica y la vida sacramental, y como ya decíamos, en la atención, cuidado y acompañamiento de las personas, de manera especial, a las que sufren.

Una de las formas más especiales con la que la Iglesia acompaña al que sufre es con la oración. Ante la situación de enfermedad y sufrimiento, los cristianos oramos al Padre como lo hizo el mismo Cristo cuando sanaba (Mc 7, 34), en la agonía (Mt 26, 36-44), y en la Cruz (Lc 23, 34-46). Cristo el «hombre de dolores» que experimenta el dolor en su propia existencia, viene a sanar nuestros males y dolencias, para que nuestro sufrimiento se transforme en alegría y alabanza. Y así, su oración y la de los apóstoles, ante la enfermedad y todo tipo de tribulación sea continuada por la Iglesia a lo largo de toda la tradición hasta nuestros días, asistida siempre con la fuerza del Espíritu Santo, especialmente en la Liturgia, ya que la liturgia es la oración de la Iglesia.

En verdad es justo darte gracias,
y es deber nuestro alabarte,
Padre santo, Dios todopoderoso y eterno,
en todos los momentos y circunstancias de la vida,
en la salud y en la enfermedad,
en el sufrimiento y en el gozo,
por tu siervo, Jesús, nuestro Redentor.
Porque el, en su vida terrena, pasó haciendo el bien
y curando a los oprimidos por el mal.
También hoy, como buen samaritano, se acerca a todo ser humano
que sufre en su cuerpo o en su espíritu,
y sana sus heridas con el aceite del consuelo
y con el unguento de la esperanza.
Por este don de tu gracia,
incluso cuando nos vemos sumergidos en la noche del dolor,

vislumbramos la luz pascual en tu Hijo, muerto y resucitado.
Por eso, unidos a los ángeles y a los santos,
cantamos a una voz el himno de tu gloria...
(Prefacio común V: Jesús, buen samaritano)

La Liturgia continúa los mismos gestos, palabras y acciones de Cristo no solo en los sacramentos sino en otras oraciones y celebraciones de la Iglesia. La oración litúrgica por los enfermos se contempla en los sacramentos, especialmente la Unción por los enfermos y la Eucaristía; e algunos sacramentales, en celebraciones de la Palabra y en la Liturgia de las Horas (1997, pág. 81). Es así que a breves rasgos contemplamos la acción evangelizadora de la Iglesia en el mundo del sufrimiento y su eficacia por obra del Espíritu Santo. Realmente es inimaginable todo el bien que la Iglesia realiza día tras día, a través de sus sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos comprometidos. Todos ellos, cristianos que viven su fe, manifestando su amor y gracias a los hermanos, a imagen de Cristo (Lc 10, 25-37).

Es así que, el acompañar a los que sufren adquiere su sentido pleno en la esperanza cristiana, la misma que se fundamenta en la fe en Dios que interviene en nuestra quebrantada realidad, la supera y la trasciende totalmente a través de la Resurrección de Cristo, por quien ahora sabemos que, el sufrir no significa el fin de la promesa, sino la manifestación del poder y la fidelidad de Dios.

A la perspectiva del reino de Dios está unida la esperanza de aquella gloria, cuyo comienzo está en la cruz de Cristo. La resurrección ha revelado esta gloria —la gloria escatológica— que en la cruz de Cristo estaba completamente ofuscada por la inmensidad del sufrimiento. Quienes participan en los sufrimientos de Cristo están también llamados, mediante sus propios sufrimientos, a tomar parte en la gloria. (SD 22).

3.3.2. El anuncio de la Esperanza escatológica

Frente al sufrimiento del ser humano, la Iglesia no solo acompaña al que sufre sino que su acción misionera lleva un anuncio, una buena noticia que trasciende el tiempo y el espacio, haciendo del tiempo finito del hombre, un gran prelude de la vida eterna. Y es que hablar de eternidad, es hablar del camino de la humanidad hacia el Padre, es un vivir la vida de Dios, que hace nuevas todas las cosas y da plenitud al ser del hombre. Siempre bajo la lógica de la gratuidad, del don que nos es ofrecido. Ya que el hombre es un ser mortal por esencia pero llamado a la eternidad por vocación.

En nuestro tiempo, todo procede con una increíble velocidad (tecnología, comunicación, relaciones), haciendo que el comportamiento humano no pueda entenderse primariamente por la determinación social o discusión racional, sino más bien por una suerte de impulso innato o como lo diría el filósofo y sociólogo Zygmunt Bauman, un mundo inmerso en una modernidad líquida³⁵. Por eso surge la pregunta: ¿Cuál es el destino final de la humanidad? A esto la Palabra de Dios presenta el designio de salvación que el Padre lleva a cabo en la historia por medio de Jesucristo (Ef 1, 3-10). “*Por su muerte y su Resurrección Jesucristo nos ha «abierto» el cielo. La vida de los bienaventurados consiste en la plena posesión de los frutos de la redención realizada por Cristo*” (CEC 1026).

Además, para un mayor alcance de la respuesta sobre el destino final del hombre, es importante retomar su carácter temporal, para que a partir de la experiencia del ser humano, desde su finitud, se pueda responder con certeza a dicha interrogante. Y decimos que es necesario partir de la experiencia del hombre, como en el primer capítulo, ya que el ser humano es un ser temporal, enmarcado en un contexto histórico, social y cultural. Un ser en el mundo que forja, en parte, su propia historia y donde su futuro es aquello que aún no es, pero que está en posibilidad de serlo. Así, el destino último del hombre temporal, sea cual sea su credo, es la eternidad.

Y es en ese camino a la eternidad, que el hombre se hace, actúa, decide a cada momento, su vida está marcada por sus decisiones y las consecuencias de ellas. Y así va forjando su destino, las circunstancias del diario vivir, son las que lo moldean «a su imagen y semejanza».

El Individuo vive en un tiempo finito. No se lo da él, le es dado, pero en el interior de este don puede disponer sobre su acción y sobre su dejar hacer. El carácter del don del tiempo encuentra su más clara expresión en el hecho de que no puede disponer de él ni al inicio ni al final. El tiempo que yo vivo es ante todo «mi» tiempo (finito). (Balthasar, 1995)

Entonces, es en este caminar en el mundo y en el don del tiempo, como lo diría el teólogo católico H.V. Balthasar, que el hombre asume su existencia y la vive, es su actuar el que lo determina, y sobre todo, es él quien decide sobre las acciones a realizar en su

³⁵ **Modernidad líquida** es una figura del cambio y de la transitoriedad. La metáfora de la liquidez – propuesta por Bauman– intenta también dar cuenta de la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista y privatizada, marcada por el carácter transitorio y volátil de sus relaciones. El amor se hace flotante, sin responsabilidad hacia el otro, se reduce al vínculo sin rostro que ofrece la Web. Surfeamos en las olas de una sociedad líquida siempre cambiante –incierto– y cada vez más imprevisible, es la decadencia del Estado del bienestar. La modernidad líquida es un tiempo sin certezas.

«tiempo», sean estas buenas o malas. Ahora bien, los tiempos propios de cada hombre no están aislados los unos para los otros, sino que se encuentran en comunión recíproca, existe a la base una relación yo-tú, y es en esta relación donde un cúmulo de posibilidades se pueden producir.

Entonces, al llegar a este punto sobre la esperanza escatológica, hay que destacar la importancia de la acción del hombre y su incidencia en la sociedad. El cristiano, como testigo de fe y discípulo de Cristo, sabe utilizar el don del tiempo a su favor y para el bien de los demás, trabaja por construir un mundo mejor e intenta luchar contra la corrupción y la injusticia, vive con la convicción de una ética humanística y, más que cumplir unos ritos determinados, lo que le caracteriza es ser expresión viva de la caridad a partir del Evangelio (Mc 12, 33). Ese mismo amor es el que le apremia a vivir más y más para Aquel que murió y resucitó por nosotros (2Co 5, 15).

Y así, es en este caminar terrenal, que cada persona se prepara para la otra vida, procurando agradar en todo al Señor (2Co 5, 9). Espera el más allá, pero no se desinteresa de las cosas del presente o se limita a sufrirlas con resignación. Así lo expresa el Concilio Vaticano II en su Constitución Pastoral *Gaudium et spes*: “*La fe cristiana afirma la existencia de una vida eterna y la consumación de la tierra, pero la esperanza de una tierra nueva no debe amortiguar la preocupación por transformar y cambiar esta historia*” (GS 39).

En definitiva, el auténtico cristiano es aquel que cree que en esta existencia breve, se debe tomar una decisión última, radical, ya no reversible, en la que está en juego una felicidad definitiva y esencial, o bien, una permanente condenación eterna. Si tiene la audacia de mirar así las cosas, confiará ciertamente en la promesa del Dios vivo, promesa que Dios establece con su amor poderoso en medio del riesgo de la existencia. (Rahner, Curso fundamental sobre la fe, 1979)

Entonces, a partir de esta realidad de la identidad del cristiano, en nuestro tiempo convendría que nuestra Iglesia Católica reflexionará, de entre muchos aspectos, este punto central de su vida eclesial con miras a la esperanza futura. Como una Iglesia constituida por seguidores radicales de Jesús, de su estilo de vida y de su enseñanza, que saben vivir en comunidad los valores alternativos del Reino de Dios en medio de un mundo injusto y desencarnado. Como comunidad eclesial estamos llamados a ser testigos, en nuestro devenir histórico, de nuestra fe, ser signos eficaces de la presencia de Dios en el mundo y sólo así, continuar la misión redentora de Jesús.

Esa es la Iglesia que Jesús quería, una Iglesia que fundamenta su vida en la gratuidad, en la experiencia del amor gratuito del Padre, del Reino manifestado en Cristo y en su Espíritu (Rom 5, 6-8). “*Somos hijos de Dios y constituimos una sola familia en Cristo (Hb 3,6), al unirnos en mutua caridad y en la misma alabanza de la Trinidad, secundamos la íntima vocación de la Iglesia y participamos en la liturgia de la gloria consumada (LG 51).* Así, una Iglesia que da gratis de lo que recibe gratis (Mt 10, 8), que acompaña con su presencia y su oración, que tiene como primera prioridad: hacer el bien a los demás:

...vosotros sabéis cómo Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y cómo él pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el Diablo, porque Dios estaba con él; y nosotros somos testigos de todo lo que hizo (Hch 10, 37-39).

Si el cristiano mira a la Iglesia como el lugar histórico visible de la presencia del Dios que se comunica a sí mismo, la experimenta a la vez como el lugar del amor, amor a Dios y al hombre. Ambos «amores» se experimentan en la vida humana, si se toman en serio, como don, como algo que el hombre no puede producir simplemente por sí mismo. Esto es lo único en lo que el hombre llega a sí mismo y a su esencia verdadera y lo que precisamente así es siempre el don de la otra parte (GS 24).

Y en la medida en la que la Iglesia es la concreción de Cristo para nosotros y Jesucristo es realmente la comunicación plena, irrevocable de Dios como el misterio absoluto que se nos da en el amor, en esa misma medida la Iglesia es la dimensión visible, el lugar, la seguridad, la comunicación histórica del hecho de que Dios nos ama (Rahner, Curso fundamental sobre la fe, 1979, pág. 458). Entonces la vida cristiana es un camino (Hch 9,2), el camino de seguimiento de Jesús que, instituido en ese amor absoluto, llama a todo cristiano a actuar a imagen de la Iglesia primitiva.

Los Apóstoles, primeros seguidores de Jesús, son el modelo de la vida cristiana. Ser cristiano es imitar a los Apóstoles, y de los Apóstoles se dice que siguieron a Jesús (Lc 5,11). A este seguimiento es llamado todo bautizado en la Iglesia. Los Apóstoles no fueron únicamente los discípulos fieles del Maestro, ya que ser discípulo de Jesús significaba estar con él, entrar en su comunidad, participar de su misión y de su mismo destino (Mc 3,13-14). Seguir a Jesús hoy no significa imitar mecánicamente sus gestos, sino continuar su camino, su obra, su causa, y así alcanzar la plenitud. Así, la Iglesia al escuchar, como los discípulos de Jesús lo hicieron, esa voz que dice: “*Sígueme*” (Jn 1,39-44), con plena esperanza, se pone en camino para seguir la voz de su Maestro.

Consecuentemente, la fe cristiana fundamenta dicha esperanza en la resurrección de Jesucristo. He aquí la novedad de su mensaje escatológico. Todo hombre, en su búsqueda innata de trascendencia intenta dar respuestas al acontecimiento de la muerte y lo que pueda suceder después de ésta. Por tal motivo, el cristianismo anuncia la novedad de la resurrección de Cristo (2Tim 2, 18), en quien es posible la resurrección de los muertos en cumplimiento a la promesa del amor gratuito del Dios de la vida.

Por eso, san Pablo manifiesta que Cristo es la vida en este mundo, dándonos a entender que nuestra fe en el Resucitado debe nacer en su vida y su mensaje. Pero presenta también otro contraste, al decir que los muertos en Cristo viven, relacionando así la fe y la esperanza en un solo acontecimiento escatológico. *“Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá”* (Jn 11, 25). Por tal razón, el creyente debe configurar su vida con la vida de Cristo, más aun en el sufrimiento. Y así, guiado por su fe, ajusta su vida y su existencia a lo anunciado en el Evangelio. El creyente vive desde ya, aquí y ahora (en el más acá) la plenitud de la vida (del más allá). Viviendo así un más allá anticipado (Ratzinger, 2008). Todo el Nuevo Testamento hace alusión a esta exigencia escatológica.

Es a partir de esta nueva experiencia que la fe cristiana toma fuerza y sentido, es una experiencia que nos invita a compartir la vida misma de Dios concedida en Cristo, quien, rompiendo todo paradigma, nos acerca a la plenitud del ser y nos orienta a la búsqueda y a la vivencia del «*kairos*». Es decir, del tiempo de plenitud y así vivir desde ya un más allá anticipado, dejando de lado el *kronos*, para vivir el *kairos* que Dios nos concede como don gratuito.

Es el Resucitado quien abre el camino a la esperanza en la vida después de la muerte, una vida en la presencia de Dios que solo es posible si el creyente configura su vida con la de Cristo. Presentándose así otra consecuencia: el cristiano debe ordenar su vida según la vida de Cristo: *“Él es la vida ahora y en cada situación”* (Ratzinger, 2008). Peso esto solo es posible por el conocimiento de las Escrituras. El evangelista san Juan también nos trae la certeza de vivir y creer en la plenitud que nos ofrece Cristo: *“Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá”* (Jn 11, 25).

El creyente no centra su mirada en el fin cronológico de la historia de la humanidad, sino que su mirada debe estar centrada en el presente, en su vida en este mundo. El mundo nuevo comienza en esta vida temporal, en el aquí de la historia. Vivir a plenitud es vivir cada día en adhesión a Cristo, es vivir los valores evangélicos guiados

por la caridad, valores que con tanta insistencia enseñó Jesús, hasta el punto de sentir una sola existencia con él y así, encarnar en esta historia la vida de Cristo. Ya que es la vida que llevamos en este mundo, en medio de adversidades y sufrimientos, es la que le da sentido a la vida futura en la presencia de Dios.

Por tanto, debemos estar convencidos de que «somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo» (Flp 3, 20). Aquí abajo no tenemos una ciudad permanente (cf. Hb 13, 14). Al ser peregrinos, en busca de una morada definitiva, debemos aspirar, como nuestros padres en la fe, a una patria mejor, «es decir, a la celestial» (Hb 11, 16). (Juan Pablo II, 1999)³⁶

³⁶ Audiencia, miércoles 26 de mayo de 1999: Escatología universal: la humanidad en camino hacia el Padre.

CONCLUSIONES

Sin duda, el misterio del sufrimiento ha trascendido y trascenderá todo tiempo y espacio, toda tradición, historia y cultura. Es un hecho común, que se lo identifica fácilmente en nuestro mundo, una realidad que plantea interrogantes que no pueden ser respondidas simplemente con una explicación racional. Pero que, al reconocer la «hondura del misterio» y la «fuerza abisal» de las preguntas que la presencia del sufrimiento plantea, surge una suerte de camino que esclarece dicho misterio.

Frente a la pregunta del por qué tanta gente buena que hace sino el bien, que practica la justicia y la misericordia y que merece lo mejor en la vida, paradójicamente es la que más sufre. Podemos decir, desde la fe cristiana, que lejos de identificar al sufrimiento como tragedia, ya que es inherente a la vida del hombre, el sufrimiento humano tiene un valor y un sentido. La fe es aquello que nos lleva a redescubrir el sinsentido del sufrimiento. Para que así, de algún modo, más que ignorarlo o aprender a vivir con él, podamos darle un sentido y un propósito. Verlo como una oportunidad de trascender y alcanzar un verdadero y pleno sentido en nuestra existencia.

En la actualidad, se debe redescubrir en toda su plenitud y sin ningún tipo de restricción el valor positivo y el sentido salvífico del sufrimiento. Y esto, a partir de la existencia misma. La cual, muchas veces se convierte en una dialéctica de resistencia y conflicto, que hace que la vida se torne en una lucha por el sentido de la vida. Entonces, resulta necesario reconocer que el ser humano es afectado por su entorno de manera inevitable y es en medio de aquello, que su vida adquiere un sentido más profundo, más humano, más auténtico. Un sentido de valor infinito, de tal modo que el sufrimiento se convierte en un camino, una oportunidad y un desafío para construir la propia identidad.

Todo ser humano sufre, y eso lo convierte en un aspecto necesario para llegar a un auto-conocimiento de sí mismo, asumir la vida y encontrarle un sentido. Es el papel fundamental del sufrimiento, ya que nos hace salir de la pasividad de la vida, para darle un significado a la existencia, haciendo de nosotros personas más maduras, más humanas. A imagen de Jesucristo, quien da total y verdaderamente un sentido al sufrimiento. Su sufrir se convierte en un rostro distintivo de la felicidad venidera, transformando toda perspectiva frente al sinsentido del sufrimiento.

Entonces a partir de la revelación cristiana, afirmamos que el sufrimiento tiene un sentido salvífico, el cual, se nos revela en los Evangelios, al mostrarnos que toda la vida de Jesús, desde su Encarnación, ha sido un combate contra las fuerzas del mal, y una victoria paradójica en la cruz, signo radical del Amor. Por tanto, en Cristo todo hombre es vencedor, del mal, de la muerte y del sufrimiento. El sentido y la verdadera esencia de la vida tiene su culmen en el encuentro con Jesucristo muerto y resucitado. *“Jesús no buscó la cruz, pero fue fiel con todas sus consecuencias al Sí que había venido a pronunciar, que había venido a encarnar para salvarnos”* (Evely, 1967).

De manera categórica, podemos afirmar, que en Jesucristo se manifiesta el amor de Dios que nos supera y nos envuelve haciendo de esta humanidad una nueva humanidad con miras a una realización plena: la divinización del hombre. Por una parte, para unificarnos con Dios por medio de Cristo (Jn 17,11-23), y, por otra, para ser partícipes de los sufrimientos de Cristo y elevarnos con él en la gloria (Rm 8, 16-18).

Por ello, el cristiano que vive una auténtica experiencia en Cristo, se siente salvado y resucitado, fiel a su fe y lleno de una esperanza firme. Vive, habita, sufre y se esfuerza en este mundo, consciente de que está viviendo el mismo destino que Jesús vivió en esta tierra, un destino de pasión y gloria. Al igual que Jesús, vive un amor que no es mera teoría, sino vida. El amor de Jesús y su experiencia de sufrimiento son una invitación latente a alcanzar la trascendencia divina en la inmanencia humana.

En Jesucristo, Dios se implica en el sufrimiento del ser humano no desde su omnipotencia sino desde su amor. No elimina la muerte pero ofrece, desde ella, la vida. Ofrece la salvación desde el crucificado. Salvación que sobrepasa todo conocimiento hasta recibir toda la plenitud de Dios (Ef 3, 19). Entonces, es porque somos amados que existimos y es en la misma dinámica de ese amor que la vida tiene sentido y un valor eterno.

La cruz es aquello que le da un valor salvífico al sufrimiento. La cruz es inseparable de toda la vida de Jesús y de su resurrección, es signo de vida y salvación que nos lleva a redescubrir el sentido del sufrimiento. No se puede llegar a comprender la Cruz, si no se entiende el núcleo esencial del mensaje de Jesús: el amor. Ese amor que nos humaniza, que nos hace crecer, madurar, asumir y compartir nuestro sufrimiento y el sufrimiento ajeno. Con Cristo, el sufrimiento se convierte en una invitación, estímulo y vocación a un amor generoso asociado a la obra redentora de la salvación.

En definitiva, sabemos que el hombre fue hecho para el bien y la felicidad pero hace la experiencia de un mal que le sobrepasa de un sufrimiento que no puede liberarse. Y por ello, el cristianismo presenta una esperanza, basada en la fe y la caridad que transfiguran el sufrimiento, haciendo de él un camino de salvación, para madurar y llegar a la verdadera felicidad. Y garante de esta esperanza es la Iglesia, que guía la búsqueda sensata de la felicidad por medio de la fe. La Iglesia acompaña y anima su realización en base al plan de salvación. Alimenta y fortalece la fe del creyente para que a pesar de las situaciones de contrariedad que se presenten, camine en la cotidianeidad de la vida sobrellevando el sufrimiento en compañía de Dios.

Por tal razón, el creyente debe configurar su vida con la vida de Cristo, más aun en el sufrimiento. Solo así, y guiado por su fe, vive desde ya, aquí y ahora hasta la plenitud de la vida. Un camino de esperanza en la vida después de la muerte, una vida en la presencia de Dios donde el sufrimiento ya no tiene potestad ni figura. Pero mientras llega ese día de gloria, la vida que llevamos en este mundo, en medio de adversidades y sufrimientos, es la que le da sentido a la vida futura en la presencia de Dios, un reino donde ya no habrá pobreza ni dolor, donde nadie estará triste, donde nadie tendrá que sufrir, donde nadie tendrá que llorar³⁷.

³⁷ Plegaria Eucarística X: Nuestra misión en la Iglesia y el mundo.

BIBLIOGRAFÍA

DOCUMENTOS DE LA IGLESIA

- I. Incarnationis Mysterium
- II. Encíclica Veritatis Splendor
- III. Encíclica Deus Caritas est
- IV. Encíclica Caritas in veritate
- V. Encíclica Salvifici Doloris
- VI. Encíclica Lumen fidei
- VII. Concilio Vaticano II
- VIII. Catecismo de la Iglesia Católica
- IX. Compendio de Doctrina Social de la Iglesia
- X. Biblia de Jerusalén

AUTORES

1. Adam, K. (1967). *Jesucristo*. Barcelona: Herder.
2. Agustín, S. (1966). *Confesiones*. México: Latinoamericana.
3. Aristóteles. (1997). *Ética a Nicómaco*. Barcelona: Planeta de Agostini.
4. Balthasar, H. U. (1995). *Teodramática*. Madrid: Encuentro.
5. Benedicto XVI, B. (2012). *Año de la fe*. Vaticano: Vaticano.
6. Callahan, D. (2004). Dolor y sufrimiento en el mundo. *Paliativos sin fronteras*, 2-16.
7. Caravias, J. L. (2006). *Fe y Dolor*. Bogotá: San Pablo.
8. Cassidy, E. I. (s.f.). *El Ecumenismo, realidad en pleno crecimiento*. Obtenido de Conoze: <http://www.apologeticacatolica.org/Ecumenis/Ecume03.htm>
9. CELAM. (1999). *Dios, Padre misericordioso*. Bogotá: CELAM.
10. Cipriano, S. (258). Carta de Cipriano a Suceso; ha comenzado la persecución de Valeriano.
11. Dupont, J. (1990). *El mensaje de las Bienaventuranzas*. Navarra: Verbo Divino.
12. Española, C. E. (1997). *Orar en la enfermedad*. Madrid: Pastoral de la Salud.
13. Evely, L. (1967). *Sufrimiento*. Barcelona: Estela.
14. Francisco, S. (2013). *Homilía*. Vaticano: Vaticano.
15. Francisco, S. (2014). Hoy en día hay más martires cristianos. Vaticano.
16. Frankl, V. (1999). *El hombre doliente*. Santiago de Chile: Universitaria.

17. Frankl, V. (2004). *El hombre en busca de sentido* (Novena ed.). Barcelona: Herder.
18. Freud, S. (1973). *El malestar en la cultura*. Madrid: Alianza.
19. Galindo, J. (2008). *Dios y el sufrimiento humano*. Madrid: Encuentro.
20. Garrido, J. (2000). *El conflicto con Dios hoy*. Santander: Sal Terrae.
21. Gastaldi, I. (1994). *El hombre un misterio*. Quito: PUCE.
22. Gómez, E. (2009). *¿Por qué a mí? ¿por qué ahora? y ¿por qué no?* Bilbao: Desclée de Brouwer.
23. Gourgues, M. (1990). *Jesús ante su pasión y su muerte*. Navarra: Verbo Divino.
24. Heidegger, M. (2003). *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta.
25. IASP. (15 de Octubre de 2015). *International Association for the Study of Pain*. Obtenido de International Association for the Study of Pain: <http://www.iasp-pain.org/PublicationsNews/PAIN.aspx?navItemNumber=570>
26. II, J. P. (1995). *Cruzando el umbral de la esperanza*. Barcelona: Norma.
27. Ireneo, S. (2000). *Contra los herejes*. México: Colección Autores.
28. Jaspers, K. (1958). *Filosofía*. Madrid: BCB.
29. Kierkegaard, S. (2001). *Temor y temblor*. Madrid: Tecnos.
30. Kierkegaard, S. (2009). *Ejercitación del cristianismo*. Madrid: Trotta.
31. Kushner, H. (1989). *When Bad Things Happen to Good People*. Massachusetts: emece.
32. Léveque, J. (1986). *Job, El libro y el mensaje*. Navarra: Verbo Divino.
33. Lewis, C. (1995). *El problema del dolor*. Madrid: Rialp.
34. Lucero, I. (21 de Octubre de 2011). *Enciclopedia de Bioética*. Obtenido de El Dolor u el sufrimiento: <http://www.encyclopediadebioetica.com/>
35. Mèlich, J.-C. (2010). *Ética de la compasión*. Barcelona: Herder.
36. Moltmann, J. (1992). La pasión de Cristo y el dolor de Dios. *Carthaginensia* 8, 641-665.
37. Moltmann, J. (1997). *Cristo para nosotros hoy*. Madrid: Trotta.
38. Monge, M. (2006). *Sin miedo: cómo afrontar la enfermedad y el final de la vida*. Pamplona: EUNSA.
39. Murga, J. R. (15 de 08 de 2015). *Dios impasible o sensible a nuestro sufrimiento*. Obtenido de Dios impasible o sensible a nuestro sufrimiento: <http://www.seleccionesdeteologia.net/>
40. Neusch, M. (2010). *El enigma del mal*. Santander: Sal Terrae.

41. Nietzsche, F. (1993). *Así habló Zaratustra*. Madrid: M.E. Editores.
42. Orbe, F. B. (2004). *La autoridad del Sufrimiento*. Mallorca: Anthropos.
43. RAE. (2002). *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid: RAE.
44. Rahner, K. (1975). *Cristología; estudio teológico y exegético*. Madrid: Cristiandad.
45. Rahner, K. (1979). *Curso fundamental sobre la fe*. Barcelona: Herder.
46. Ratzinger, J. (2008). *Escatología, la muerte y la vida eterna*. Madrid: Herder.
47. Ricoeur, P. (1986). *El mal, un desafío a la filosofía y a la teología*. Geneve: Labor et fides.
48. Santacruz, E. (2001). *La Antropología fundamenta la ética*. Quito: Tierra Nueva.
49. Sartre, J. P. (1993). *El ser y la nada*. Buenos Aires: Losada.
50. Sartre, J. P. (2011). *La Nausea*. Madrid: Alianza.
51. Schopenhauer, A. (2000). *Sobre la libertad de la voluntad*. Madrid: Alianza.
52. Schopenhauer, A. (2003). *El mundo como voluntad y representación*. Barcelona: Fondo de Cultura Económica.
53. Schopenhauer, A. (2011). *El arte de ser feliz*. Barcelona: Herder.
54. Sobrino, J. (1990). *Monseñor Oscar Romero: un obispo con su pueblo*. Santander: Sal Terrae.
55. Spaemann, R. (1991). *Felicidad y benevolencia*. Madrid: Rialp.
56. Tertuliano. (197). *Ad Martyres*. En Tertuliano. Cartago.
57. Torres-Queiruga, A. (1995). *Recuperar la salvación*. Santander: Sal Terrae.
58. Unamuno, M. d. (2004). *Del sentimiento trágico de la vida*. Buenos Aires: Longseller.
59. Uríbarri, G. (2008). *La singular humanidad de JESUCRISTO*. Madrid: San Pablo.
60. Vega, F. L. (2007). *Los Cinco Misterios*. Barcelona, Barcelona: Linkgua.
61. Vélez, J. (1995). *El Hombre un Enigma*. Bogotá: CELAM.
62. Vial, W. (2000). *Antropología de Viktor Frankl*. Chile: Universitaria.
63. Vitoria, F. J. (2013). *Una teología arrodillada e indignada*. Santander: Sal Terrae.